

Tinta Púrpura

ISSN: 2619-371X



Compilador: Alejandro Cuervo Bojacá

TINTA PÚRPURA:
historias y relatos
desde la crónica



Presidente Consejo de Fundadores

Padre Diego Jaramillo Cuartas, cjm

**Rector General Corporación Universitaria Minuto de Dios
- UNIMINUTO**

Padre Harold Castilla Devoz, cjm

Rector UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Álvaro Campo Cabal

Vicerrectora General Académica

Marelen Castillo Torres

Directora General de Investigaciones

Amparo Vélez Ramírez

Directora General de Publicaciones

Rocío del Pilar Montoya Chacón

Vicerrectora Académica UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Yeldy Milena Rodríguez

Decana Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Luz Edlima Rojas Guerra

Director del Programa de Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Jhon Jairo Rodríguez Pérez

Director de Investigación UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Fernando Augusto Poveda Aguja

Tinta púrpura: historias y relatos desde la crónica / José David Ordóñez, Emily Moreno Sáenz, Carlos Torres... (Y otros 20). ; editor y compilador Alejandro Cuervo Bojacá. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios. UNIMINUTO Virtual y a Distancia, 2018.

ISSN: 2619-371X

96 p.

1. Narrativa colombiana -- Estudio de casos 2. Escritura creativa -- Colombia 3. Crónicas colombianas -- Colecciones 4. Comunicación audiovisual -- Estudio de casos 5. Comunicación en educación -- Estudio de casos i. Moreno Sáenz, Emily ii. Torres, Carlos iii. Barreto Pinzón, Ferney iv. Meléndez, Andrés v. Vega Moreno, Diana Rocío vi. Jojoa Ramírez, Cindy Estefanía vii. Marcela Torres, Liliana viii. Rodríguez Silva, Alejandro ix. Rodríguez, Yudy Alejandra x. Morales Orjuela, Andrés Felipe xi. Mejía Arenas, Luz Dary xii. Moreno Jiménez, María Fernanda xiii. Molina Caro, Jhobirson Andrés xiv. Ávila, Carol xv. Forero, Leidy xvi. Gutiérrez, William xvii. Jiménez, Paola xviii. García Martínez, Ingrid Marcela xix. Riveros Lozano, Jhon Edison xx. Coronado Ávila, Kimberly xxi. Ramírez Sánchez, Ligia Johana xxii. Ardila Romero, Mavir Johana xxiii. Cuervo Bojacá, Alejandro (editor)

CDD: Co863.861 T45t BRGH

Registro Catálogo UNIMINUTO No. 93435

Compilador

Alejandro Cuervo Bojacá

Autores

José David Ordóñez

Emily Moreno Sáenz

Carlos Torres

Ferney Barreto Pinzón

Andrés Meléndez

Diana Rocío Vega Moreno

Cindy Estefanía Jojoa Ramírez

Liliana Marcela Torres

Alejandro Rodríguez Silva

Yudy Alejandra Rodríguez

Andrés Felipe Morales Orjuela

Luz Dary Mejía Arenas

María Fernanda Moreno Jiménez

Jhobirson Andrés Molina Caro

Carol Ávila

Leidy Forero

William Gutiérrez

Paola Jiménez

Ingrid Marcela García Martínez

Jhon Edison Riveros Lozano

Kimberly Coronado Ávila

Ligia Johana Ramírez Sánchez

Mavir Johana Ardila Romero

Editor

Alejandro Cuervo Bojacá

Jurados lectores primera edición

Marisol Esperanza Cipagauta

Miguel Fernando Mendoza Luna

Alejandro Cuervo Bojacá

Jurados lectores segunda edición

Cristian Sebastián Hernández Jiménez

David Arnulfo Nieto Castillo

Sandra Milena Gutiérrez Zambrano

Corrección de estilo

Aurora Fandiño Calderón

Myriam Suárez Velandia

Diseño y Diagramación

Fernando Alba Guerrero

Primera edición: agosto 2018

Tinta púrpura: historias y relatos desde la crónica

ISSN: 2619-371X

© Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO. Esta obra está protegida por el Registro de Propiedad intelectual. Los conceptos expresados en la misma son responsabilidad de sus autores y no comprometen la opinión de UNIMINUTO.

Se autoriza su reproducción parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales.

Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO

Calle 81B No. 72B-70 piso 8, Bogotá, D. C.

Bogotá, D. C. Colombia

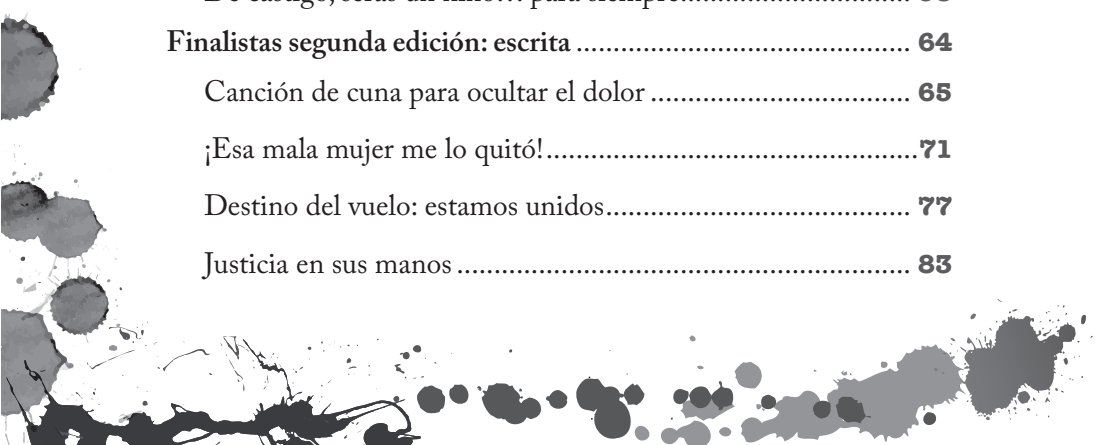
Esta publicación es el resultado de las dos primeras ediciones del concurso *Tinta púrpura: historias y relatos desde la crónica*, promovido por el Programa de Comunicación Social de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de UNIMINUTO Virtual y a Distancia, en los años 2015 y 2016, para el desarrollo y fortalecimiento de las competencias escriturales, creativas y de producción audiovisual y radiofónica de los estudiantes de UNIMINUTO.

Las crónicas que se presentan en este libro corresponden a las propuestas ganadoras y finalistas de las ediciones de 2015 y 2016 arbitradas por los jurados designados para estas ediciones: 2015, Marisol Esperanza Cipagauta, Miguel Fernando Mendoza Luna y Alejandro Cuervo; 2016, Cristian Sebastián Hernández Jiménez, Sandra Milena Gutiérrez Zambrano y David Arnulfo Nieto Castillo.



Tabla de Contenido

Agradecimientos	11
Presentación	13
Tinta Púrpura, historias y relatos desde la crónica:	
primera edición	15
Ganadores primera edición	18
El Mozart llanero	19
Amada Francisca	23
Oda para no decir adiós.....	28
Finalistas primera edición	35
De futbolista a poeta: sueños de una poesía llamada fútbol.....	36
Ciudad Grafiti.....	42
El oficio del cronista: el concurso en su segunda edición	47
Ganadores segunda edición: escrita	49
Por la calle, destino turístico zipaquireño	50
Cambiando realidades	53
De castigo, serás un niño... para siempre.....	58
Finalistas segunda edición: escrita	64
Canción de cuna para ocultar el dolor	65
¡Esa mala mujer me lo quitó!.....	71
Destino del vuelo: estamos unidos.....	77
Justicia en sus manos	83



Después de toda tormenta llega la calma.....	89
Ganadores segunda edición: multimedia	93
El día más feliz.....	94
Hebras de vida.....	95
Más allá de la pasión	96

Agradecimientos

A la Rectoría General y a la Vicerrectoría General Académica de UNIMINUTO por la apertura de estos espacios de refuerzo académico para los programas y que posibilitan la creación y ejecución de este concurso.

A la Rectoría, Vicerrectoría Académica y a la Dirección Administrativa y Financiera de UNIMINUTO Virtual y a Distancia que apoyaron esta iniciativa académicas y que nos han facilitado los recursos para hacer este evento posible.

A la decana de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Luz Edilma Rojas Guerra, el director de investigación de UNIMINUTO Virtual y a Distancia, Fernando Poveda, por su apoyo en todo lo referente a esta publicación, al director del programa de Comunicación Social, Jhon Jairo Rodríguez, quienes apoyaron constantemente el proceso de creación y publicación del libro. Además, un agradecimiento especial a Rocío del Pilar Montoya, Directora del Centro Editorial UNIMINUTO, y a Karen Grisales por sus valiosos comentarios y apreciaciones que guiaron esta publicación, lo mismo que a cada uno de los jurados que participaron tanto en eventos formativos como en la evaluación de las propuestas; y, por supuesto, a todas las autoras y los autores que participaron con sus crónicas y por las cuales se hace posible esta publicación.

Presentación

En mi gestión como director del Programa de Comunicación Social de UNIMINUTO Virtual y a Distancia, lidero el equipo de docentes, con quienes he afrontado retos para el fortalecimiento académico; especialmente, los relacionados con la propuesta de diferentes escenarios extracurriculares para que los estudiantes planteen ideas y aprovechen la presencia en la universidad de expertos en temáticas relacionadas con el ejercicio del profesional en Comunicación Social. Sin embargo, como el trabajo colectivo siempre da muchos más frutos que los que producen los esfuerzos individuales, se pensó en una estrategia que se pudiera desarrollar a nivel nacional, se propuso un concurso en el que los estudiantes de Comunicación Social participaran con escritos, y se lograra una difusión de los productos de calidad que surgieran de esa convocatoria. No obstante, hubo un reto aún mayor que fue establecer la tipología textual adecuada para el concurso, lo cual tomó tiempo por la variedad de discusiones que surgieron acerca de cuál sería la mejor opción.

Al final, se eligió la crónica, pues en el diseño de la propuesta hubo sugerencias sobre la necesidad de fortalecer la ortografía o la composición de textos analíticos y críticos. No obstante, se prefirió tener en cuenta la puesta en juego de una actitud indagadora, marcada por la curiosidad y por la especial estructura estética que definen a la crónica; además de que por medio de este concurso se logra estimular la creación en uno de los géneros más extendidos y explorados por los comunicadores como es la crónica, que combina las experiencias, la investigación del autor con recursos tomados de otros géneros como la entrevista, el periodismo documental y la narrativa de ficción y no ficción. El nombre escogido para el concurso, *Tinta púrpura*, proviene de la idea de simbolizar la perfección y la excelencia que trae el uso histórico del color púrpura por la realeza y, según apunta el diccionario histórico de los pigmentos, en dicho color se “resalta la dificultad de obtener dicho pigmento” que asociado a la tinta como elemento progenitor de la letra representa la dificultad de crear una historia de características tendientes a la perfección y la excelencia.

Asimismo, la propuesta resultó ser innovadora para UNIMINUTO, como Institución, que no contaba con un medio que vinculara todas las regionales que pertenecían a la modalidad y que relacionara los productos de los estudiantes creados en las asignaturas través de un medio real que los visibilizara, lo que representa una verdadera interrelación entre sedes y centros. En este punto es importante compartir la primera referencia que recuerdo de la crónica, la cual proviene de mis clases de etnografía, en las cuales se hacía mención de los cronistas de Indias y se resaltaba cómo, desde su empoderamiento y situación de dominio, estos hombres describían lo observado al entrar en contacto con los pobladores de América. El valor de esta referencia no es social; lo que quiero destacar aquí es cómo por medio de la estructura formal de la crónica para representar una situación específica y mediante el uso de un lenguaje claro y descriptivo, se encuentran evidencias de los comportamientos, de las costumbres y de la vida cotidiana de los pobladores de América.

A partir de estos motivos es que se presenta este libro, el cual recoge las propuestas que resultaron finalistas en las dos primeras ediciones del concurso y se opta por el formato de libromedia, debido a la ampliación del concurso de crónica escrita a la inclusión de la modalidad multimedia que está compuesta por la crónica audiovisual y radiofónica. El libromedia acá presentado contiene contenido escrito el cual se ve ampliado a través de recursos audiovisuales y sonoros para presentar una experiencia más completa del concurso y las crónicas que no pueden ser enteramente traducidas a lo escrito.

De lo anterior, es importante resaltar el valor que tiene la crónica para la representación de nuestra vida cotidiana, así como para la memoria que crea; lo cual alude, en el mejor de los sentidos, el objetivo de diseñar un concurso de crónica en UNIMINUTO, ya que encontramos en esta la mejor manera de reconocer las habilidades que tienen nuestros estudiantes para la producción textual y, por supuesto, la crónica se convierte en el medio por excelencia para reconocer los entornos en los que ellos se desenvuelven.

Jhon Jairo Rodríguez Pérez
Director Programa de Comunicación Social
UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Tinta Púrpura, historias y relatos desde la crónica: primera edición

Por Nyrama Osorio Triana¹

En el devenir de historias, relatos y momentos, la pluma se aferra a lo imposible, al silencio de páginas vacías que anhelan ser, brillar, sin perderse en caminos ocultos. La pluma renuncia al olvido, ese que sentencia a los relatos que, ya alejados en el tiempo, se convirtieron en la excusa para no recordar. La pluma se impone, se descubre, se inventa; reacciona ante el letargo indiferente en el que se ha convertido el otrora encanto de escribir, de evocar aquello que, aunque oculto, anhela ser descubierto.

Este libro será la tinta luminiscente de ocho relatos bañados de tinta púrpura, de creatividad, de esplendor. La pluma delinearé a través de palabras aquellas crónicas dibujando momentos, emociones y recuerdos. Al viajar por estas historias y recorrer los trazos de tinta encontré sus personajes; toqué la esencia que, aunque lejana, por momentos se apoderó de mí; hice un viaje desde la hermosura del llano, hasta la ciudad de los grafitis. En las siguientes líneas intentaré compartirles destellos de aquellos encuentros.

El Mozart llanero

Como quien espera, tras el reflejo de sus anhelos, ser visto, ser leído, me encontré con él. El protagonista de un relato que, embargado de orgullo y admiración, despertó para ser leído, *el Mozart llanero* se aferró, se hizo luz en el alumbramiento y resplandeció desde el llano, mientras entre los sollozos y la angustia su madre desgarraba un grito de victoria. Y fue el

.....

1 Comunicadora Social y Periodista Universidad de Santo Tomás y especialista en Comunicación de la UNIMINUTO, profesora del Programa de Comunicación Social del UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

protagonista de este relato quien rememoró aquel momento embargado de nostalgia, orgullo y esperanza.

Amada Francisca

Las páginas pasaron mientras aquel viaje se hizo lento. La culpa de ella abrumó mi ser de preguntas; la pluma se impuso para rememorar aquellos amores ocultos, esos que descubrieron la esencia de la vida, el valor de la verdad y la fidelidad en la infancia de la *Amada Francisca*. Ella viajó al pasado, se enfrentó con los fantasmas de sus pecados y renació con una apuesta de fe.

Oda para no decir adiós

En el trasegar de este camino de *tinta púrpura* me encontré con su historia, una oda a lo increíble, a lo fantástico y a lo nostálgico que me hizo sentir afortunada y valiosa; viajé por mi interior y recordé el valor de lo invisible, de lo mágico al andar.

Aquella *Oda para no decir adiós* evocó los recuerdos más dolorosos y placenteros, a la vez, me permitió viajar al sinnúmero de sentimientos y anhelos de aquella mujer, que, suspendida en el pasado, aún alberga con nostalgia la amargura de una vida cargada de sufrimiento. Los años sentenciaron con marcas una belleza de antaño, pero, en las líneas de su historia, la hermosura y la bondad se hicieron oda, lamento y llanto. El paso de los años la convirtió en un monstruo para quienes no pueden ver la belleza que oculta la vida, como el inefable beso del rocío al amanecer.

Ciudad Grafiti

La pluma se convirtió en lienzo, trazos de pintura impregnaron las páginas, un recorrido por las principales avenidas de Bogotá transmitieron arte. El grafiti fue el protagonista. Este se impone, denuncia, se alza, como una forma de expresión que pugna por no dejar de ser. La voz de él, de quien se sumergió en un viaje por la cultura relegada de la *Ciudad Grafiti*, grabada en el asfalto que nos sumerge sin remedio en la indiferencia, sentenció al final de su historia “comprobé que esta ciudad grita en cada una de sus paredes lo que el pueblo calla”.

De futbolista a poeta

La adversidad inspiró esta historia, los sueños silenciosos grabados en una infancia, que, aunque con anhelos de ausencia y miedos con “sabor a guerra”, encontraron en la inocencia de ser niño la inspiración para nunca dejar de soñar. Es él, quien vio su vida trasegar a través de un camino que lo llevó de *De futbolista a poeta*, el que hoy alimenta sus sueños con versos guiados por una pluma que al final logró motivar su existencia.

Ganadores primera edición

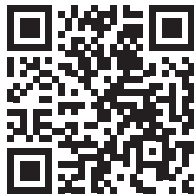
El Mozart Llanero

Primer puesto

José David Ordoñez

Psicología

UNIMINUTO Regional Llanos



Amada Francisca

Segundo puesto

Emily Moreno Sáenz

Comunicación Social

UNIMINUTO Bogotá Sur

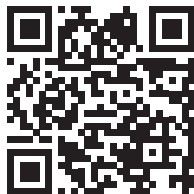
Oda para no decir adiós

Tercer puesto

Carlos Torres

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia



El Mozart llanero²

Todo empezó hace 29 años, un sábado, a eso de las 11 de la mañana, cuando los dolores de parto sorprendieron a mi esposa Yolanda en la fábrica de faldas donde trabajaba como operaria; era el llamado de la naturaleza y, tal vez, el afán de aquel pequeño por conocer el otro lado de su comfortable mundo. Seguramente estaba deseoso de sentir más de cerca a aquellos que le hablaban, le cantaban y le narraban historias, a los que trataba de asir con sus pequeñas manos desde el vientre de su madre, no sin antes arrancarle gemidos de dolor por la rapidez con que se movía en su interior.

Recibí la noticia en mi trabajo, una modesta tienda naturista en el barrio Galán de Bogotá; me apresuré a ir por ella para llevarla a la clínica. La distancia era interminable; la angustia, el sudor eran evidentes, pero a la vez sentía felicidad porque iba a conocer a mi primer hijo. No sabíamos su sexo, pues en esa época no eran muy comunes las ecografías, pero sentía en mi interior un regocijo extraño y solo atiné a darle gracias a Dios por la gran bendición con la que nos honraba. Por fin llegue a su sitio de trabajo, en el barrio Ricaurte. Me bajé del taxi y le pedí al conductor que me esperara para llevar a mi esposa a la clínica.

—¿Está herida o accidentada? Porque en ese caso no los llevo, no quiero problemas con la policía —dijo.

—¡No!—, le respondí enfáticamente. —¡Va a tener bebé!—.

—Entonces, apúrense. ¿A dónde hay que llevarla? —me preguntó.

—A la San Pedro Claver, —le respondí, mientras le daba la vuelta al taxi para alcanzar la puerta de la fábrica y anunciar mi llegada.

Apareció el capataz, un hombre medio calvo que se acomodaba como podía el poco pelo de su cabeza, para quedar bien presentado. Su nombre era Alfredo.

2 José David Ordoñez. Estudiante de Psicología UNIMINUTO Regional Llanos.

—¡Buenos días señor!, —me saludó. Pero casi que ni le respondí, y solo asentí con la cabeza mientras miraba al fondo del pasillo a ver dónde estaba ella. Por mi ansiedad no me había percatado de que estaba detrás de él, cogiéndose la barriga a dos manos y arqueándose por el dolor cada vez que le daban las contracciones.

Creí que iba a nacer en ese taxi, pero logramos llegar a la clínica, y de inmediato la llevaron en una camilla hasta el interior de la sala de partos; a mí no me dejaron ingresar, me ordenaron llevar ropa para ella y el bebé. Como a las dos horas volví con la esperanza de ver ya a mi hijo, pero no fue así; no era como me imaginaba: que él debería tener afán por conocer este mundo o de tocarnos con sus propias manitas. Al contrario, se resistía y nada que asomaba su cabecita, mientras que su madre ya estaba a punto del desmayo por ese trabajo de parto tan largo. Unas horas más tarde, después de tanto respire y afloje, a eso de las cuatro de la tarde, por fin nació nuestro bebé.

Cuando pude entrar a verlos, iba armado de una cámara 110 con un rollo de 24 exposiciones, y desde todos los ángulos tomaba fotos para no perder el detalle de algún gesto o sonrisa en ese momento.

A partir de ese día empezó un periplo de enseñanza mutua entre él y yo, porque fue mucho lo que aprendí a su lado, sobre todo a trasnochar y a interpretar sus malestares. Solo dormía plácidamente sobre mi pecho; pienso que le agradaba el tun tun de mi corazón, porque intentaba retirarlo no más para acostarlo y, ahí mismo, levantaba la casa a gritos y otra vez encima de mí el niño se calmaba. Esa situación la vivimos durante tres meses, al cabo de los cuales el niño enfermó gravemente de vómitos hasta la deshidratación profunda; lo más frustrante fue la indolencia del médico de turno de la clínica a donde lo llevamos, quien ni siquiera se dignó examinarlo, le restó importancia. Tomé mi niño y me dispuse a retirarme de allí. Viendo la expresión de impotencia en el rostro de mi esposa, que me miraba como queriéndome decir que no quería perder a su niño, le dije “¡vámonos!”.

Para esos días ya trabajaba en una farmacia de Bogotá y había obtenido mucho conocimiento sobre el manejo de medicamentos, y sin pensarlo

dos veces automediqué a mi niño; lo inyecté y le di mucho suero. Gracias a Dios se recuperó.

Lastimosamente entramos a instituciones educativas donde nos enseñan miles de cosas, pero un día reflexioné que todo ese tiempo en verdad fue perdido, pues nunca nos enseñaron a ser padres, y en mi caso traté de hacer lo mejor que pude. Mi hijo quería saberlo y explorarlo todo y yo me sentía en desventaja por la ignorancia. Él asimilaba todo con una facilidad asombrosa, y en vez de ser yo quien llevara un paso adelante, era él quien me adelantaba, de tal suerte que a la edad de cuatro años ya estaba en el colegio haciendo su kínder en una institución privada del sur de Bogotá: el Colegio Diego Fallón.

Parece que desde esa edad o tal vez desde antes, él ya tenía un objetivo trazado. Me avergoncé de mí mismo, pues yo no fui tan diligente para ir a la escuela. Este niño se despertaba a eso de las cinco de la mañana con el fin de que lo alistaran para ir a estudiar; se le notaba la felicidad por estar allí aprendiendo cosas. Regresaba con satisfacción en su rostro, y venía a enseñarme lo que había aprendido, como queriendo retribuirme de la misma forma con sus enseñanzas lo que yo lo había hecho por él; era como si en su interior pensara que “estas cosas seguro mi papá no las sabe y debo enseñárselas”. No era mostrarme sus cuadernos y sus notas, no. Era toda una clase, tal y como se la habían impartido a él en el colegio; literalmente, yo era su alumno.

Terminado este ciclo, viajamos a Villavicencio, y debido a su corta edad (cerca de los 5 años) era casi imposible ubicarlo en una institución educativa, a pesar de que su certificado lo acreditaba como apto para la primaria, hasta que le hicieron los exámenes de aptitud para corroborar sus habilidades. Entonces, la Secretaría de Educación emitió un documento en el que ordenaba su promoción inmediata, no para primero, sino para segundo de primaria.

Desde ahí empezó su vertiginosa carrera por el saber, con reconocimientos y becas. Lo matriculamos junto con su hermanita Samanta en la Casa de la Cultura de Villavicencio, donde aprendieron música y pintura, respectivamente; luego, pasaron a formar parte de Batuta Meta,

donde hicieron historia no solo como fundadores, sino como músicos. Su amor por la música ha sido muy grande.

A sus escasos quince años ingresó a la Universidad de los Llanos, donde estudió Ingeniería de Sistemas, pero en su mente seguía revoloteando su pasión por la música, ya que a los siete años ya tocaba muy bien el piano y en Batuta Meta era uno de los mejores trompetistas. Una vez graduado como Ingeniero de Sistemas, se dedicó a luchar por su sueño de estudiar música. Yo no podía pagarle una carrera tan costosa, pero un buen día nos dijo: “Me voy para Bogotá a estudiar música, como sea”. Él mismo fue al Ictex e hizo todas las diligencias, se presentó a la Universidad Javeriana con el crédito en la mano; allí esta es la única carrera en la que se debe presentar examen de admisión, y a él le fue tan bien que sus examinadores lo recomendaron para que empezara desde el segundo semestre. Siguió cosechando triunfos, pero con las grandes dificultades de un provinciano que se estaba codeando con la “crema y nata” de los hijos de la alta sociedad colombiana que estudian allí, hasta el punto de pasar noches en vela por alcanzar su meta y tener que escuchar de sus maestros que si quería lograr su objetivo debía dejar de trabajar dictando clases de sistemas y de música y concentrarse solo en la carrera. Pero este hombre de alguna manera se las arregló para no defraudar a nadie, ni siquiera a sí mismo. Sus trasnochos rindieron fruto; su amor, no solo por la música sino por la tierra que lo adoptó desde niño, le dio las más grandes satisfacciones y los reconocimientos de esta universidad y, además, fuera de nuestras fronteras. Sus maestros se maravillaron de la forma magistral como este joven componía música, llevando los aires llaneros a los instrumentos sinfónicos.

“Con ese nombre, tiene que ser músico”, fueron las palabras de Marilyn Monroy, directora de Batuta Meta, cuando le presentamos al niño en esa institución, en 1995. Se llama Wolfgang, como el gran músico que desde niño maravilló al mundo de su época con su genialidad; Wolfgang, como el gran escritor alemán del Fausto, y el nombre completo con el que quedó registrado es: Wolfgang David Ordoñez Peña. ¡Mi hijo!

Amada Francisca³

“No pedí nacer, pero aquí estoy”.

Era una completa desconocida para ella misma, un día era blanca, otro día era negra; un día eran risos, otros tan solo lisos; se sentía como el mar, llena de innumerables bellezas, pero invadida por infelices plagas.

Con cada paso que daba ante un espejo se miraba, su vida no era la misma. La menor de tres hermanos, la pequeña y tierna niña de mejillas gordas y rosadas, creció con el amor de su madre, una mujer abatida por las desgracias de la vida, pero consolada por su fuerte lucha; el de su hermano Andy, un fiel amante de Dragon Ball Z, El Chavo y algo que suele recordar como Alf, y el de su hermana Rosa, una niña hermosa pero puntillosa, tal cual como su nombre; siempre cargaba con “la gorda”, no la dejaba pasar la calle sin tomarla de la mano, le llevaba todo el tiempo su maleta y, para muestra de su inmenso amor, le hacía las tareas.

Francisca, hoy de 19 años, recuerda casi toda su vida junto a ellos como si hubiese sido ayer. Vivió durante 14 años en La Gaitana, un barrio ubicado en Suba, al noroccidente de la ciudad; de allí tiene muchos recuerdos de su niñez, como que a sus cinco años su torta fue de Pikachu, que entre los 8 y 11 años los juegos más anhelados por ella y sus amigos eran los de policías y ladrones, montar en cicla o “correíta caliente” con los más grandes del barrio; sin embargo, el más tradicional era *yermis* que se jugaba entre unos 25 niños, y en el que las tapas de las canecas que tenían en sus casas eran los escudos de cada uno; la torre la armaban con las tapas de las cervezas que dejaban los adultos y la pelota de tenis era de alguno de los que no podía faltar para entrar en acción. Estos y otros más eran sus pasatiempos, pero la vida no es solo color rosa; algún día iba a tener que dejar de preocuparse por no salirse de la raya cuando tuviera que colorear. Los años iban pasando y su adolescencia de repente le había llegado con grandes sorpresas.

.....
3 Emily Moreno Sáenz, Comunicación Social UNIMINUTO Bogotá Sur.

A sus escasos 13 años le gustó alguien de su colegio por primera vez; apenas estaba en octavo de bachillerato y aquel joven alto y moreno que había logrado captar su atención era un estudiante nuevo de noveno; él empezó a buscar su mirada y la forma de pedirle favores para tener algún contacto con ella, pues el sentir resultó siendo mutuo. Hoy, seis años después, ella aún recuerda que el 27 de marzo de 2009 entablaron un inocente noviazgo. Era de suponerse, la mamá de Francisca, la señora Jane, se opuso por completo, pues ella era la niña de sus ojos y, debido a sus malas experiencias, lo que menos quería era que su hija repitiera la misma historia. Así, esta pareja empezó a afrontar situaciones difíciles, pues la señora les prohibió verse, hablarse y, por supuesto, tuvieron que “terminar con todo”; quizás este no sea el primer caso de un par de adolescentes que quieren experimentar, pero de pronto sí sea uno de los tantos que decidió luchar por mantener ese amor que tanto los cautivó; sin embargo, los padres de Ían nunca se opusieron; don Pacho y doña Mechitas estaban totalmente de acuerdo y contentos; fue tanto el apoyo que les dieron que terminaron amando a Francisca como a su propia hija, pues tan solo habían tenido un hijo y, claramente, lo apoyaban en todo lo que él anhelara.

Ían y Francis, al ver las circunstancias, optaron por tener todo a escondidas: se veían en el parque del coliseo de Sabana de Tibabuyes, mientras ella “ensayaba” porras con sus amigas del colegio; una de ellas, especialmente Caroline, era la cómplice de este genuino amor, pues conocía las mañanas de risa y las noches de llanto de su amiga. Ellos también crearon un *messenger* falso, en esa época esto era lo que estaba en auge en cuanto a redes sociales se refiere y lo que más se usaba; ella aún recuerda que en ese perfil se llamaba Daniela, y que cuando le preguntaban “quién es la niña”, la respuesta siempre era “una compañera del colegio”... Al pasar los meses, aproximadamente en octubre y cansados de la situación, en aras de sentirse limpios consigo mismos, decidieron pedirle nuevamente una oportunidad a la señora Jane, la cual les fue dada pero con una serie de reglas, que cumplieron sin ningún problema. Al llegar su cumpleaños número 14, la mamá de ella, como de costumbre, le celebró su día con algo tan especial que fue la oportunidad de tener a Ían en casa, como parte de la familia; fue el mejor día, pues a medida que el

tiempo pasaba no solo la señora Jane, sino el señor Emilio, el padre de ella, terminaron aceptándolo y queriéndolo.

Al cumplirse el primer año de la relación que sostenían, empezaron a enfrentar crisis de tiempo, de celos y hasta de solicitud de espacios, pero lo asumieron con tanta madurez que lograron superar la situación. Luego de haber cumplido los 15 años y de haber entrado a grado décimo, la vida le dio un giro de 180 grados a finales de febrero de 2011, cuando tan solo les faltaba un mes para cumplir los dos años de noviazgo, pues pudo ver, por primera vez, una de las tantas caras del amor. Ella recuerda que un viernes de febrero recibió, a la medianoche, una llamada de Ían; él lloraba inconsolablemente y lo único que le pedía era perdón. Ella, al sentir que Ían estaba embriagado y que tan solo decía eso sin explicación alguna, optó por colgar y seguir durmiendo; al día siguiente, lo llamó. Era claro que la inquietud había permanecido en su corazón y cuando ella le preguntó por lo sucedido a la medianoche, lo único que le dijo el joven fue: “han pasado muchas cosas y quería pedirte perdón, yo te amo”. A Francis le pareció lo más tonto y tierno del mundo, pero, sin darle tanta importancia al asunto, él la invitó a almorzar con sus padres el domingo. El tiempo pasaba y ella esperaba a que llegara el momento; este fue uno de sus peores domingos, porque Ían, antes de verse con los padres de él para almorzar, le hizo su confesión: ese viernes, en la noche, la casa de él estaba sola y la que había considerado durante muchos años su “mejor amiga”, según él, se le lanzó y se dieron un beso “corto”, porque también estaba embriagada; todo quedó a la imaginación de Francisca, pues no podía creer que tal pecado fuera tan pequeño; por su mente pasaron tres cosas puntuales: “alcohol, habitación sola y ¿tan sólo un beso?”. Ella era muy ingenua, pero no tanto para que su imaginación no la hubiese llevado a eso. Pasaron alrededor de 30 minutos, se aproximaba la hora del almuerzo y, mientras Ían iba por la señora Mechitas, don Pacho llegaba a casa; no le fue muy difícil reconocer que a la que consideraba su hija la habían hecho llorar. Él sutilmente le preguntó el motivo de sus lágrimas, y ella, con nudos en la garganta, intentó explicar lo que acababa de escuchar, y a don Pacho, con dolor en su corazón, se le aguaron sus ojos, pero demostró fuerza.

Después del almuerzo, la madre y la abuela paterna de Ían se enteraron de lo sucedido; sin comentario alguno, todos se fueron a inventarse alguna labor. Lo único por hacer en el momento era el intento de arreglar las cosas, pero ese domingo, por la tarde, Francis tomó una decisión radical: puso punto final a esa historia. Tantas luchas, tantas lágrimas y tantos enfrentamientos con su familia fueron nada. Tan grande fue el amor para ella que lo recuerda con sonrisas, como algo pasado; él la recuerda como su primer y único amor. Hoy, seis años después, Ían tiene el anhelo de que ella sea su esposa, algo que no va a pasar...

Como es de suponerse, cada uno siguió su vida; ella, a mediados de 2011, tuvo la oportunidad de conocer un gran amor, amor que ignoró por otro más visible unos meses después. Al iniciar su último año de colegio, en 2012, un hombre nuevamente empezó a cautivar su corazón; fueron cinco meses de conquista y diez de amor clandestino; fue un amor de biblioteca, pues tuvo que ser oculto, por motivos sociales, familiares y académicos, especialmente; era complicado, como dice Mondragón, ella se había convertido en lolita para aquel hombre, de quien no quiere ni mencionar su nombre; ella, para ese tiempo, se empezó a desconocer, pues cuando se miraba al espejo se daba cuenta de que con ese impetuoso amor se había convertido en una mujer, lo que no sabía era que seguía atada a un cuerpo y a un alma de niña; aquel hombre y aquella joven, sin importar las circunstancias, terminaron entregando el corazón por completo, los sueños y hasta su manera de vivir, con luchas, metas propuestas y planes armados, pero, al pasar esos diez meses, todo se fue abajo. El domingo 3 de marzo de 2013, a las 7:00 de la mañana, todo terminó; Francisca salió de un apartamento del barrio San Martín hecha un mar de lágrimas, sin mencionar motivo alguno, sólo recuerda que las mentiras en casa para verlo, las trasnochadas por celular y la entrega de sueños una vez más habían sido la peor decisión; no sabe por qué terminó entregando su corazón, aunque sí sabía que el proverbio dice que sobre toda cosa guardada debía guardar su corazón; pero bueno, allí reposa el sentir, la emoción, y eso fue lo que ganó, tres meses de llanto y de desvelo tuvo que soportar y, aunque sus ojeras tenían nombre, lo importante para ella fue lo que vino después, ese amor que abandonó por uno más visible, nuevamente la visitaba, la hizo nacer de nuevo. Hoy día no entiende

por qué la escogió a ella, por qué tanto amor para ella, a pesar de su infidelidad y de todo lo que ella le había hecho; pero bueno, el corazón de ella fue fortalecido, él se llevó el tatuaje de lolita en el motor de su vida, y ella simplemente se llevó el leve recuerdo de un profe que amó en su juventud.

Han pasado muchos y pocos años, y a sus 19 entendió que la adolescencia es para jugar con canicas, balones y hasta muñecas, pues todo tiene su tiempo bajo el cielo; alguien ya murió por ella y su nombre ya está escrito en el libro de la vida, es la abanderada por el Padre, es la escogida, la niña de sus ojos, sus vestidos sucios fueron limpios, hoy solo espera en el amado de su alma, al idóneo, porque el placer tomó su corazón y sobre todas las cosas fue juzgada, pero el pasar las pruebas de fuego para ser refinada como el oro es la plenitud hoy para su vida: un llamado le ha hecho a ella el Rey de Reyes y Señor de Señores, porque con amor eterno la amó, desde antes de que fundara el mundo ya la había planeado, la tenía para estos tiempos con propósitos y grandes cosas, a pesar de que un día sus hermanos salieron de casa e hicieron su vida, ella reconoce que nunca tendrá mejor compañía que la del amado del cielo.

“No pedí nacer, pero ni las infelices plagas lograron mi muerte”, Francisca.

Oda para no decir adiós⁴

Sus manos acercaban el jugo frío con el que buscaba mitigar mi sed, el sol abrasaba fuerte la despavimentada calle y el bochorno se sentía por el fuerte calor de la ciudad; si mal no recuerdo, la temperatura estaba sobre los 37 grados centígrados, el sudor caía sobre mi frente y mi ropa se pegaba a mi piel. Eso fue lo que tal vez motivó a la humilde señora a brindarme una bebida para refrescarme. Mi llegada de manera intempestiva le causó alegría y sorpresa, pues el niño que ella había cuidado durante años se acordó, según ella, de los pobres; el saludo efusivo de “¡mijo, cómo estás de gordo y lindo!” le impidió invitarme a seguir por la puerta, porque la mascota amiga que la acompañaba no dejaba de ladrarme, ante lo cual se la llevó al patio para evitarle una posible mordedura al desconocido que llegaba.

El olor a madera quemada se sentía al entrar a la sala, el piso seguía siendo el mismo, barro negro con balastro; una nevera ya desvencijada y la compañía de un televisor, regalo de una hija que la dejó hace años. La casa es pequeña, un cuarto con dos camas, la sala y el patio grande, como en todas las casas de la costa. Miré hacia el patio y observé los árboles que lo adornan, las plantas pequeñas de hortalizas y las aromáticas. Recordé mis años de niño cuando el árbol de mango era el blanco de las piedras, porque con un primo nos empeñábamos en golpearlo para bajar sus frutos por la fuerza y, a su lado, un árbol de papaya que también era nuestro objetivo militar. Ella me dijo: “ya te traigo una mecedora”. Me miraba y sonreía, tal vez por mis cachetes rojos que no ocultaban el calor que abrasaba mi cuerpo; su felicidad era tal que me ofreció de comer, pero le contesté que no; prefería quitarme los zapatos y reposar un poco. Sin dudarle más me preguntó “¿qué te trae por estos lados?”. Mi respuesta fue sencilla: “vine a verte”. Ella se sorprendió y soltó una carcajada, dejando ver los pocos dientes que tenía su boca. Se recostó plácidamente, como dejando los afanes y, sin creerlo, me empezó a contar cómo estaba la situación en la casa, preguntó por mi familia, que si me había casado, que cómo iba en la u..., en fin, muchas cosas. (Confieso, hay algo emotivo que tal vez el

.....

4 Carlos Torres, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

lector no puede estar sintiendo, y es que, en este momento, mientras escribo, lloro; le pido disculpas al lector porque no entenderá el producto de mis lágrimas).

Le dije, “quiero ver una foto de mi mamá”; ella se levantó y con paso lento buscó entre sus chécheres un álbum de fotografías, sacó dos y las puso en mis manos. No podía creer que ella conservara la única foto que existe de la juventud de mi madre, de mis tías y de ella; ese fue el pretexto para que se desahogara. Evocar recuerdos la llenaba de nostalgia, de lo humilde como ha sabido llevar la vida, de lo duro que ha sido cada momento vivido con intensidad. Las manchas blancas que adornan su piel son extensas, le rodean todo el cuerpo; una despigmentación que los médicos nunca han sabido explicarle ni tampoco la caída total de su cabello ni por qué no tiene cejas ni pestañas; Rosaelena es bajita, mide 1.52 m, sus piernas son delgadas al igual que sus brazos, pero su estómago es grande como el de una mujer embarazada de nueve meses; me cuenta que dejó de salir a la calle porque los niños se burlaban de ella gritándole “¡calva!, ¡monstruo!”, entre otros sobrenombres; esto le generó un complejo ante la sociedad y prefirió más bien quedarse en casa, dejando de lado los trabajos en casas de familia donde lavaba y planchaba por unos pocos pesos. Observo la foto que minutos antes me había entregado y veo que de aquella mujer atractiva no queda nada, solo el mismo corazón humilde, sencillo, tierno y amoroso; no se necesita saber leer o escribir para tener tantos valores juntos, y esta pequeña mujer los reúne.

La casa tenía techo de palma seca, según su esposo, para que el calor no se sienta tan fuerte; si mal no recuerdo, eran seis animales los compañeros de la pareja de viejos: cuatro perros y dos gatos; él salía en una carreta a recoger chatarra para luego venderla; ella, por otro lado, iba a una casa de familia a trabajar; preferían caminar para ahorrarse los pasajes; en la plaza de mercado vendían recortes o sobrantes que ellos plácidamente compraban para alimentarse diariamente y darle de comer a su nieto de unos cinco años, que era el fruto de sus batallas, porque la hija de ella lo abandonó un día, simplemente porque Rosaelena lo defendía de las golpizas que la joven madre le daba al pequeño, razón por la cual el niño los llamaba papás.

Una tarde, el viejo se sintió mal, todo le daba vueltas en la cabeza, se le bajó la presión y tuvo que irse a urgencias; allí le diagnosticaron diabetes *mellitus*, debía cuidar su alimentación y no podía trabajar por un tiempo, pero él respondió: “señorita, si yo no trabajo no comemos; además, no puedo darme el lujo de comer fino porque no tenemos dinero”. Pasaron los meses y el viejo Pestana, como siempre se le conoció, se agravó, todo por el pinchazo de una puntilla, que no vio una tarde cuando salió con la carreta a buscar lo del diario; nuevamente el hospital fue su posada durante días. En ese momento, los médicos determinaron cortarle la pierna. Quizás la pena fue tan honda que recuerdo cuando él me dijo: “si me muero, mijo, no se olvide de mi vieja...”, creo que esa premonición se cumplió a los pocos días, Pestana murió, y ella quedó sola con su nieto. El llanto, el dolor y la tristeza se sienten en sus palabras, pues quien había sido su compañero durante 28 años se había ido. Él la conoció con cuatro hijas y la aceptó porque era una mujer de casa, juiciosa y no le gustaba la pelea, recuerda ella.

Y luego relata, “una mujer que estaba enamorada de Anselmo, un hombre que me cortejaba... él estaba enamorado de mí, y ella por envidia me echó suciedad; yo no pienso mal de la gente, esa tarde ella me invitó un café y yo acepté, no le vi lo malo, pero lo que no sabía era que el café tenía algo malo”, comenta Rosaelena. “Fue a los ocho días exactos cuando, al levantarme, vi que en la cama habían quedado pedazos de mi cabello, te digo ‘pedazos’, porque eran como moños de cabello que se me caían; todos en la casa pensamos que era cáncer; fuimos al médico y dijeron que no era nada, que tal vez era preocupación. Luego, otro médico nos dijo que era descendencia, íbamos donde otros y nada; me decían muchas cosas, pero mientras tanto el cabello se me seguía cayendo, al tiempo empezaron los dolores en el estómago, y lo mismo, supuestas enfermedades y nadie daba con el chiste. Una noche sentía que el sueño me espantaba; no podía cerrar mis ojos, pero yo no le decía a nadie, hasta que un día una hermana me vio y me preguntó que por qué no tenía pestañas, no supe qué decir, entré en un tiempo de tristeza y angustia, también me volví amargada; mi barriga seguía creciendo y perdía mi cabello cada vez más, pienso que fue vergüenza lo que hizo que Anselmo me dejara y, ni modos, la señora que me hizo eso se enamoró de él y hoy en día están juntos. Nunca le hice reclamos

porque eso pa' qué; mi mamá, que en paz descansa, fue quien me dijo que fuéramos a donde un sabio, un brujo bueno, y me hicieron meter los pies en una bañera, y mi sorpresa fue cuando ese señor dijo: 'lo que a usted le hicieron es grave, y no hay cura'. Él me dijo que si quería ver a la persona que me hizo eso, y yo le dije que sí; vi a la mujer y me acordé de la invitación del café”, recuerda Rosaelena.

Y continúa, “una hermana, de la rabia, dijo que por qué no le hacíamos una contra, y yo le dije que no, que eso no era bueno; el señor sabio dijo que él tampoco hacía males. Luego nos explicó que el rezo fue fuerte, que es un palito blanco que sale en el árbol de guayaba de vez en cuando y que una bruja lo reza de tal forma que la persona se muera secándosele la piel y los pies, pero que no lograron secarme quién sabe por qué razón, pero que mi aspecto sí iba a ser cada vez más feo. Ese día me acuerdo que tu mami fue con nosotros y ya estabas en la barriga cuando el señor dijo que si quería saber el sexo y cómo iba a ser el niño; te vimos en la bañera tal como naciste, gordo y blanco. Yo me sentía mal. Pasaron los años hasta que conocí al viejo Pestana. Él me aceptó así y fueron casi treinta años que estuvimos juntos; tú a veces te ibas para allá a pasarte los días. Eras muy llorón y consentido”, evoca con nostalgia Rosaelena.

Esa tarde esperé a que el sol se ocultara, me eché agua hasta decir no más y prometí volver a los días. Efectivamente, iba con mi mente calcada de recuerdos, emociones y nostalgia. No sé qué tan valioso sea perdonar a alguien que marcó mi vida para siempre de una manera negativa. No lo sé; eso ronda mi cabeza. Volví a los tres días, en horas de la mañana. Ese día el almuerzo corrió por mi cuenta y hablamos de todo un poco: de cómo me estaba dando el calor, de que la perra de raza criolla ya no me ladraba... Ese día una vecina que está pendiente de ella nos acompañó; su aspecto era gracioso, creo que dibujé a la Olivia de Popeye El Marino en la figura de la mujer. La brisa de la mañana corría agradablemente, sentía que las gotas de sudor bajaban por mi cuerpo, pero sin el usual bochorno. Rosaelena me preparó unas tajadas de plátano con huevo frito y café con leche para calmar el hambre. Supe que dos de sus hijas viven en la Capital, casi no la llaman, una vez cada seis meses y eso si es realmente importante, pues, según ellas, tienen sus hogares y sus vidas en Bogotá, mejor es no volver a la costa –dicen– porque allá no hay

nada qué hacer y solo recuerdan sufrimientos. Otra de sus hijas no le da importancia, pues la culpa de la maldición de pobreza en la que vive por haberse metido con ese hombre; sin embargo, de vez en cuando, se acerca a saludarla, pese a que vive a unos diez minutos de camino a pie; la otra, madre del nieto abandonado, tiene un tipo de anemia que le surgió hace unos años que la tiene postrada en cama y, lamentablemente, pierde el sentido por momentos; esta, me dicen que le pegaba a Rosaelena cuando llegaba de malgenio, hasta el punto de que una vez le pegó delante del nieto, y este se metió a pegarle a la propia mamá; ella le dijo que ojalá lo mataran, porque el chico desde los doce años cogió caminos que no eran buenos.

Hablar de ello fue esta visita; Luis, el nieto, se quedó acompañándola luego de la muerte de Pestana, pero como ella no podía sostenerlo por completo porque lo poco que ganaba trabajando no le alcanzaba. el chico prefirió trabajar lavando motos y vendiendo en las calles cosas para darse sus gustos y llevar para la comida. Como era muy astuto y atrevido, llamó la atención de los malos y, así, poco a poco, fue cultivando una vida de ganancia fácil, robando; a los quince años logró ser uno de los jóvenes más temidos en el barrio porque era “parado” para los puños y atractivo para las niñas; así se fue ganado la envidia de otros más grandes y, ni corto ni perezoso, también se lanzaba a los puños sin dejarse. Fue el consumo de drogas lo que hizo que cambiara su vida, hasta que una joven lo ayudó a enderezarse, se puso a estudiar, se fue a vivir con ella, trabajaba y, aunque lo invitaban a hacer cosas malas, él decía que ya no le jalaba a eso; siempre pendiente de su abuela, llegaba en las noches a saludarla y se quedaba a cuidarla. Las amenazas del pasado no se hicieron esperar y una noche, cuenta Rosaelena, llegaron unos tipos en moto identificándose como miembros de la Sijin preguntando por Luis; ella, asustada, les dijo que no sabía, que le dijeran la razón del porqué lo buscaban, y los tipos armados entraron a la casa abusivamente con las pistolas afuera buscando al muchacho. Luego de que los tipos se habían marchado, Luis apareció y, al enterarse de la situación, le dijo a su abuela abuela que no se preocupara, que no le iba a pasar nada, que él no estaba haciendo nada malo; pero las noches de desvelo parada frente a la ventana fueron recurrentes para esta mujer; su alma solo descansaba cuando el muchacho aparecía.

De Luis no se volvió a saber nada más; es la hora y ella no sabe nada. Lo que sí afirma es que está muerto, pero no sabe ni cómo ni cuándo, pero que también su corazón de madre le dice que debe estar por ahí, que no se acerca a saludarla para evitar que sufra por si de pronto van otra vez a amenazarlo. Una tarde, Rosaelena había salido a visitar a su ex suegra, de quien siempre estuvo pendiente aún después de la muerte del viejo Pestana, una bella anciana de 104 años, que aún tiene fuerzas para caminar y que ha enterrado a todos sus hijos, de quien ella tiene un agradecimiento profundo. Ese día llegó una camioneta identificada con logos del CTI de la Fiscalía, preguntaron por la señora Rosaelena Flores. La hija, que se encontraba en ese momento, respondió que ella no estaba en casa y que para qué la necesitaban; el oficial dijo que venían a dar una información a cerca de Luis Alberto Flores, pero que solo se la podían dar a la mamá del joven, ante lo cual dijo que ella biológicamente era la mamá de Luis y que Rosaelena era la abuela que lo había criado y que él siempre le ha dicho “mami”. El rostro del oficial, según dice, se notó como sospechoso, y le enseñó unas fotografías; en ellas aparecía el cadáver de un joven que había recibido varios impactos de bala en el rostro, cinco para ser exactos, y que había estado enterrado en una fosa común, pero que era necesario hacerle unas pruebas de ADN con el fin de determinar si efectivamente era el chico de la familia relacionada con Rosaelena Flores. La señora se cogió la cabeza y se puso a llorar desesperada, se subió al carro con los tipos y se fue; la acompañaba otro hijo, hermano de Luis; cuando llegaron, el cuerpo estaba en una bandeja con signos de descomposición, pero era necesario hacer el reconocimiento; se realizaron las pruebas de ADN, y el cotejo salió positivo. Los psicólogos de la Fiscalía explicaron que al parecer el joven hacía un tiempo se había ido para un corregimiento de Antioquia donde había presencia de grupos paramilitares. Cuentan que las circunstancias siguen siendo extrañas, pero que se encontraron varios cuerpos que fueron torturados y acribillados en la misma fosa donde fue hallado el de Luis, que es necesario esperar las investigaciones, pero que al parecer los jóvenes fueron declarados como falsos positivos, que no fueran a demandar ni nada y que esperaran a que la investigación avanzara.

El golpe se hizo evidente cuando esta angustiada madre recordó las palabras con las que le deseó la muerte a su hijo; el remordimiento empezó a hacerse latente, así como la tortura de un pensamiento y las visiones

de querer tenerlo vivo. Observé el rostro de Rosaelena y pensé en este hecho que supe y la tentación de querer decirle algo que le han ocultado. Para ella, Luis no era malo; fue el fruto de no haber tenido las comodidades, y lo poco que le ofrecieron los dos viejos no fue suficiente para criar un buen ciudadano. Esa mañana, los relatos de todo lo que hacía el nieto por ella la llenaban de emoción, pero se evidenciaba la desesperanza en cada palabra.

La noche llegó y era mi penúltimo día en la ciudad, dejaría el calor desbordante de una ciudad con pocas corrientes de aire, y deseando el frío capitalino y escribir esta nota. Llevé arepas de queso para compartir; supe que la otra cama es la de un nieto que desde hace un tiempo vela por ella; es su compañía. La confianza de niño volvió a mi corazón, me tiré sobre la cama junto a ella y, mientras disfrutábamos la arepa, nos tomamos una *selfie*. Ella no entiende muy bien de aparatos celulares y nos reímos por eso. Se puso la mano sobre su cabeza y preguntó: “¿cuándo vuelves?”, le respondí que pronto, que no se preocupara; ella soltó una risa y dijo: “este es mi sobrino favorito”. Recordó mis años de niñez, cuando fuimos sacados de una tierra que dejamos por amenazas; evitaba hablar del abandono de sus hijas, pero resaltaba el cuidado de su nieto por ella; me contó de los arreglos que le van a hacer a la casa, que dejará de lado el techo de palma y tendrá un piso en concreto para trapear; “tal vez no es tiempo de que me muera, no me mataron los sufrimientos, mucho menos la felicidad; ¿cuándo será el día en que llegues a casa con un ‘pelaito’ tuyo?”, me dijo.

La despedida fue lenta y quise hacerla graciosa, porque sentía que se desprendía algo de mí en ese momento, pero ella no ocultó las lágrimas, su abrazo fue de “quédate otro rato”, pero eran las once de la noche y no quería llegar tarde a descansar. Este es uno de esos momentos en que quieres una historia sentimental que cale en la vida de alguien, que anhelas que la extensión de esta crónica sea más larga, pero tal vez es solo el reflejo de alguien que ha sabido perdonar a la vida misma para vivir en ella, sin rencores y esperando el momento, un momento que sé que llegará, pero que deseo sea tarde, por ello trato de no pensar en que algún día me dejen de decir: “mi sobrino favorito”. Esto es para ti vieja, con todo mi amor, con mis lágrimas en los ojos finalizando este relato, del que tal vez nunca sabrás.

Finalistas primera edición

De futbolista a poeta: sueños de una poesía llamada fútbol

Ferney Barreto Pinzón

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Ciudad Grafiti

Andrés Meléndez

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

De futbolista a poeta: sueños de una poesía llamada fútbol⁵

Nunca imaginé que una tarde llena de incertidumbre y preocupación sentado en el parque pensando en quién iría a entrevistar, una persona se me acercara a conversar, alguien de carácter alegre y bastante hablador. “¡Es un gran comienzo para hacer una entrevista..!”, pensé. Cuando levanté mi rostro, me encontré frente a frente con el pasado; era un viejo amigo. Par tintos y unos cuantos cigarrillos fueron suficientes para entrar un poco al pensamiento sumiso y desconsolado de esta persona que, con no más de tres palabras, daría inicio al relato de una victoria en la vida real. Él, “un pueblerino afrocolombiano”, como se presentó, nació en Tumaco, la tierra más linda de su orgullosa Colombia, según contó, luego de un sorbo de tinto y entre sonrisas, con su acento pausado, típico de la gente oriunda de la Perla del Pacífico, tierra lastimosamente marcada por la desdicha de la guerra y el desplazamiento forzado, amenazada por el olvido, golpeada por la miseria y encadenada a una cruda realidad, como muchos pueblos hambrientos y marginados de nuestro país.

Una sola pregunta daba apertura a sus recuerdos y sería el comienzo del relato de una experiencia de vida impercedera. Su niñez la lleva presente —explica que es un recuerdo inolvidable—, narra su infancia con nostalgia, porque siempre estuvo presente en él el sueño de ser futbolista. Un sueño inalcanzable, como lo ven muchos a tan temprana edad por la pobreza que rodea los paisajes marítimos de ese pueblo tristemente marcado por el secuestro de adolescentes y obligados a sumarse a las filas de la perdición social. “Los adolescentes en Tumaco son llevados por personas sin escrúpulos de corazón podrido”, comenta mientras refleja en su rostro sentimientos de ira. Y es que para ningún niño debe ser fácil cambiar sus juguetes por fusiles. “Quién no se entristece al ver a los amigos del barrio, a los niños con los que crecí convertirse en rehenes y obligados a ser parte de una guerra, la cual no tiene concepto ni mucho menos significado; una guerra que no distingue entre el mal y la brutalidad, una guerra que cobra niños y fragmenta hogares”, afirma.

.....

5 Ferney Barreto Pinzón, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

Sus manos, que se entrelazaban una y otra vez, pusieron en evidencia momentos muy difíciles; clavó su mirada en mí y con ese mismo acento pausado exclamó: “No recuerdo muchas cosas o pienso que no me interesa recordarlas, no me importa acordarme si comíamos bien o si aguantábamos hambre o cuántos amigos perdí. No me interesa recordar nada. Mi único recuerdo y mayor sueño era ser futbolista”.

Es increíble cómo una pelota y el amor por lo que muchos llaman “el deporte más lindo del planeta” se tornan en ese diario vivir, dejando a su suerte las mismas circunstancias que son tal vez la única opción. La pelota, su fiel compañera se convirtió en el medio. Materializó su fe con la destreza en los pies para que su sueño dejara de ser eso y se convirtiera en su realidad. Combinaba sus quehaceres sin importar en qué oficio le tocaba desempeñarse durante el transcurso de su día. Él creía que lo tenía todo. Sacaba tiempo para sus tareas y oficios; era estudiante, ayudante campesino y “jugador de fútbol”. Sin frustración ni rabia alguna, trabajaba en fincas aldeañas para llevar algo de comer a su casa, pues sabía que en medio de esa penumbra era difícil para su padre poder tener todo a la mano y brindarles lo mejor a sus dos hijos y a su esposa. A su corta edad tenía que ayudar en su hogar; caminaba largas distancias día a día, pasando desventuras, corriendo riesgos como el de convertirse en un recluta de la guerra o, peor aún, en un desaparecido más. Estas circunstancias lo dejaron pensando en lo difícil que era para su madre esta situación de peligro; en ocasiones, él la escuchaba llorar. Recuerda cómo ella se lamentaba de que sus hijos, a tan corta edad, ya tuvieran responsabilidades ajenas. Edwin se lleva las manos al rostro como queriéndose lamentar por la pena de la mujer que no solo le dio la vida, y recuerda que para Carmelita lo más duro era saber que estaban en medio de la guerra, y que en ese cruce de balas podría perder a sus hijos. La rabia, la impotencia y la incertidumbre se apoderaban de ella, que no dejaba de pensar en qué momento se podían llevar también los sueños de sus hijos: imaginaba el momento en que podrían entrar a la casa para raptarlos y llevárselos para ser parte de estos grupos violentos, desalmados, con corazón de mierda.

Edwin siempre llevará marcado en su mente el triste momento en que se dio cuenta de que los seres humanos estaban perdiendo su alma y

su corazón matando, torturando, explotando y sometiendo a niños y a jóvenes a hacer parte de una maldita guerra que no les incumbe. En ese momento, al escucharlo, apreté mi boca, respire profundamente para que no se diera cuenta de que la tristeza invadió todo mi ser; pero, al fin y al cabo, no me importó si se daba cuenta de mi aflicción. Ya un poco más calmados, creí que su recuerdo también lo sorprendió y sentí con su expresión que eso era lo que más hacia sufrir a este viejo amigo. Recordar ese momento tan desconsolador alimentó su gran ilusión.

Retomó nuevamente su mayor recuerdo y lo que más lo hacía feliz, eso que rondaba cada rincón de su cabeza: ser el mejor futbolista del mundo. Esto era lo que siempre lo mantenía vivo. El hecho de que algún día pudiera ser el más grande jugador de fútbol y así salir de la pobreza lo motivaba más hasta el punto de hacerle una promesa a su familia acerca de que algún día los llevaría lejos de tanta maldad y miseria. Nunca negó que fueron momentos difíciles. En ese mismo instante acomodó su cuerpo y se sentó más erguido, diciendo: “todo no fue tan triste en mi niñez; es más, fueron muchas las alegrías y pocas las tristezas; tenía a mis amigos de infancia, a mi hermano, la escuela y algo que no tiene precio, el amor de mis padres... fue más que suficiente para ser feliz”. Pero como todo ser humano siempre recordamos lo que no queremos para los demás o, por lo menos, así lo hizo sentir. De esa forma transcurrió la etapa de su niñez, en medio de las duras realidades de un pueblo al que le podían arrebatar muchas cosas, pero nunca le podrán borrar los pensamientos y los sueños de los niños. Con apenas treinta años cumplidos, dio por hecho que nunca le arrebatarían sus sueños y que, no importa quién sea hoy, sus recuerdos serán un motor de inspiración para seguir adelante.

El pequeño futbolista, ese que a sus 12 años tenía responsabilidades de adulto, a su corta edad recibió una de sus mejores noticias: jugar con el equipo de su pequeño pueblo olvidado, y que lo ha puesto a soñar. Chocamos las manos, me contagié de buena energía y a su vez de mucha risa, y me dijo: “la niñez es sinónimo de felicidad, es mi época feliz; recuerdo mucho que, a pesar de todo, era un niño muy feliz, al que le gustaba el fútbol y jugar con sus amigos, pero nunca me imaginé que llegaría esa noticia a mí”. Así trascurrió un año de alegría y regocijo, no se olvidó de sus obligaciones. Vivía su momento como todos, jugaba, reía, disfrutaba.

Poco después de haber cumplido los 13 años, algo inesperado golpearía su hogar, una noticia que nunca imaginó golpearía todo su ser: la decisión que tomaron sus padres de separarse. Esto marcaría una nueva etapa en su vida. Con su mirada puesta en el piso, relató que “la ruptura de papá y mamá se convirtió en una frustración muy grande para mí y, como si fuera poco, la crisis económica que nos golpeó fue tan grande que no tengo palabras para expresar lo que tuvimos que aguantar”. Pero lo más embarazoso al escuchar esa cruel realidad es pensar que muchos niños, niñas y familias enteras sufren esta realidad; ¡cuántos chicos estarán en estos instantes aguantando hambre, maldita realidad! En esos momentos, se dedicaron junto con su hermano a trabajar en las fincas para tener con qué comer y así colaborarle a su vieja. “Le ayudamos con los gastos de la casa; fue difícil, pero gracias a Dios tuve que vivirlo. Eso me enseñó a sobrevivir y a ser más berraco en la vida; no me dejó morir hoy en día por nada”.

Después de hacerle el quite a las adversidades y continuar con su vida, el sueño de ser futbolista se acercaba más. Nunca dejó de practicar fútbol y siempre sacaba un espacio para jugar. Nuevamente, buenas noticias tocarían su puerta, porque fue llamado para jugar en la categoría de la primera C del fútbol aficionado con el Deportivo Cali. Esa fue la noticia más grande que ha escuchado en su vida, y lo primero que se le metió en la cabeza fue que pronto iban a salir de pobres y que sacaría a su viejita adelante junto con su hermano.

Así transcurrió un largo tiempo: jugando en esta categoría, viajando a Cali, sacrificando muchas cosas para guardar lo del viaje a esa ciudad. “Tuve que hacer muchas cosas para conseguir lo de los buses, viajaba dos días a la semana a entrenar y a esperar si el sábado o el domingo me ponían a jugar”. Unos días antes del viaje a la ciudad de Buenos Aires, Argentina, pasó algo que es como para perder toda esperanza, porque sufrió un golpe en su rodilla, lesión que lo marginaría para siempre del fútbol, pues sufrió rotura de ligamentos cruzados. “Como en esos tiempos la ciencia no estaba tan avanzada y no existía el Sisben, ¡ja, ja, ja!, el club me ayudó con la cirugía, y hasta ahí llegó mi suerte como futbolista”. En este momento tuve una confusión mental tan extraña, pues no entendí lo que piensa o lo que pensó, porque terminó diciendo que eso no fue lo que le importó o lo que más le dolió, porque lo más duro para

él fue no haber montado en avión y conocer Buenos Aires, recuerda con una gran sonrisa. En ese momento, me atreví a decirle que me sentía orgulloso de él, en especial, al darme cuenta de que, al superar tantas desdichas en su vida, seguía contagiando con tanta alegría.

En poco tiempo alimentó sus ganas de salir adelante y con cabeza más que fría tomó una decisión: salir de esa penumbra en la que estaba viviendo. Enfocado en una nueva etapa para su vida, se dio cuenta de que debía iniciar un nuevo proceso para su futuro, enfocándose plenamente en el estudio. Y, sin saber qué carrera estudiaría, le dio rienda a esta nueva etapa. Solo pensó en que debía darle un mejor nivel de vida a su familia y que no era prudente seguir viviendo en ese pueblo que de vez más sufría los horrores de la guerra. Tomaron la decisión de salir de ahí cuanto antes; el primero en salir fue Edwin, no sin antes prometerles a su vieja y a su hermano que los iba a sacar de ahí y que pronto verían el lado de la felicidad. Edwin viajó solo a la Capital. “Llegar a Bogotá fue fácil, tomé la decisión de integrarme a una comunidad religiosa, donde lo tuve todo: comida, dormida, universidad. Digamos que en cuestión de comodidades y llegada, prueba superada”, recuerda. Lo único que lo mantuvo ahí era cumplir un sueño de su mamá, pero nunca se vio como sacerdote; eso “era lo que la viejita quería, era el consejo que siempre me dio mi madre; ella, que solo creía que el poder de Dios siempre sería el mejor escudo para las adversidades, me inculcó desde niño que debía seguir de la mano del Todopoderoso y que las cosas siempre iban a estar mejor, pero solo si estaba de la mano de Dios”. Y rememora cómo cuando llegó a Bogotá tuvo en cuenta cada una de sus palabras y tomó la decisión de entrar al seminario. “La verdad, no fue como lo imaginé y con el tiempo me di cuenta de que no todo era como lo mostraban; la vida en un seminario también es de locura, de desacuerdos, de rechazos y de humillaciones, por este motivo tomé la decisión de salir de ahí; fue otro tropiezo en mi vida y un capítulo más cerrado de por vida” dice Edwin.

Retomó la misión que se había encomendado al salir de su pueblo, pensando que por fin haría algo que le permitiera cumplir su promesa: traer consigo a su viejita y a su hermano. “Cuando empecé en la universidad, conocí a unos chicos que trabajaban en una revista Hitos. Ellos me invitaron a escuchar las reflexiones y a leer poesías. Ese fue el comienzo

verdadero del gusto por la poesía, pero aún no me veo como poeta”, enfatiza. Conoció también a un gran amigo, su “parcero” de aventuras, tertulias y vagabunderías; alguien “en quien su sangre formaba olas de poesía; esto corría por su cuerpo y fue un ejemplo para seguir, su manera de ver la literatura, de sentirla y más aún su gran poder para escribir poesía; de ella me contagió ese gran poeta llamado Jefferson Murillo, que, con el tiempo, decidió retirarse; me dieron, entonces, la oportunidad de trabajar como docente de poesía. Meses después, por circunstancias aun no establecidas, Jefferson murió, dejando su legado en *las sombras desconocidas de la poesía*. Con esta expresión, puedo afirmar por qué conocí a esta gran persona, muy alegre, bohemia y poeta. Pero de todo en la vida algo queda y, gracias a mi amigo que desde el cielo me abriga con nubes de poesía, soy feliz al llevar su legado, el amor por la poesía. Gracias a él”, dice.

Hoy en día Edwin se desempeña como docente de poesía, dicta clases a los chicos en los barrios pobres de Bogotá, y afirma, con toda la razón, que a muchos nos da miedo ir a estos lados por la violencia que se vive en algunos de estos barrios, violencia que, les digo, no supera la que vivió Edwin en su pueblo. Gracias a toda esa experiencia vivida, hoy puedo afirmar que a Edwin le gusta lo que hace y que el amor que siente por la poesía y la docencia solo se lo quitará Dios con la muerte, para llegar, como su amigo y unos cuantos poetas más del mundo entero, a *las sombras desconocidas de la poesía*. Con esta reflexión, copiada de una metáfora de Pablo Picasso (de la época de su obra en colores), da por terminada su historia, sin antes aclarar que lo más bonito que pudo lograr fue haber cumplido uno de sus sueños: traer consigo a su familia. “No utilizaré los mismos colores que Picasso, pero me refiero a esta metáfora con los colores de mi vida... La época de mi niñez será la de color azul, la alegría de un niño con sueños y metas. Luego vendrá la época de color gris, el color del dolor y de la desdicha, del sufrimiento, consecuencia de la separación de mis padres, luego dejar a mi viejita y mi pueblo, y por último, la época de color verde, que es el de mi momento, lo que soy hoy, el amor por mi profesión y el amor por la poesía que es lo que siempre me va acompañar”.

Ciudad Grafiti⁶

Tenía 16 años cuando fue asesinado, acusado de ser un ladrón; era un buen estudiante, apasionado por la cultura del grafiti, buen hijo, buen amigo y un buen ser para la sociedad. Así lo describe su propia familia.

Hora: 10:45 p. m.

Fecha: 19 de agosto de 2011

Sucesos: Diego Felipe Becerra recibe dos disparos de un policía de nombre Wílmer Alarcón, que asegura estaba persiguiendo a un ladrón. Fue a quemarropa. El policía se enfrentó con su arma de dotación a un indefenso joven, próximo a cumplir 17 años, cuya única arma para defenderse eran sus manos llenas de pinturas; evidentemente estaba en desventaja. Falleció de forma fulminante, dejando como último recuerdo de su paso por este mundo un gato pintado bajo el puente de la calle 116 con avenida Boyacá, mismo gato que acostumbraba a pintar en algunos barrios del norte de la ciudad. Ese fue su último legado. Lamentablemente, Diego Felipe no tuvo las siete vidas del animal que lo caracterizaba y tampoco cayó de pie; no alcanzó la mayoría de edad y, 4 años después, su vil asesinato sigue en la impunidad.

Diego Felipe murió, pero con su muerte despertó a una Bogotá tímida; su muerte no fue en vano aunque suene a consuelo de tontos, porque desde su asesinato los grafiteros se agremiaron y se hicieron sentir más que nunca y por primera vez el Gobierno los escuchó. Diego Felipe era colombiano, menor de edad y no era famoso al menos a nivel mundial; murió a manos de la policía, la misma que dos años después escoltaron al canadiense Justin Bieber a pintar grafitis bajo el puente de la calle 26. Suena contradictorio, pero así ocurrió.

Desconocía el tema del grafiti. Lo visualizaba como un bonito dibujo en alguna pared; no lo concebía como cultura, tampoco como arte; lo veía como una simple libertad de expresión hasta que un profesor me explicó

.....

6 Andrés Meléndez, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

qué era el graffiti. Diego Fernando Sánchez me abrió el panorama de lo que es este arte. “Yo también pinto graffitis”, fue uno de sus primeros apuntes en la primera de varias conversaciones que tuvimos.

Me pareció algo fuera de lo común, porque yo consideraba el graffiti como propio de adolescentes, y se lo hice saber, “¡No!”, respondió él. “Es libertad de expresión con manifestaciones artísticas, en una cultura que cada vez es más respetada en la sociedad”. Desde ese primer momento, cada vez que veía a Diego lo abordaba y le hablaba sobre el mismo tema. Más adelante, me envió un texto llamado Imaginarios urbanos de Néstor García Canclini. Desde entonces, empecé a ver el graffiti más allá de un simple dibujo en una calle, y desde ahí descubrí a Bogotá, mi ciudad, como la Ciudad Graffiti.

El día domingo 19 de abril decidí recorrer Bogotá y detenerme a observar todos los mensajes que hay detrás de los graffitis que, por el afán, no determinamos.

Lugar: Avenida Calle 26

Hora: 12:30 p. m.

A bordo de un transmilenio que recorría la avenida Calle 26, en sentido oriente-occidente, observé la gran cantidad de graffitis que allí había. “¿Por esto murió Diego Becerra?”, me pregunté y de inmediato la vista me llevó al graffiti más memorable que jamás haya visto: una imagen inmensa de Jaime Garzón, justo en frente del Colsubsidio, con un contundente mensaje “HASTA AQUÍ LAS SONRISAS PAÍS DE MIERDA”. Garzón fue asesinado por decir lo que pensaba, lo hacía públicamente en televisión; Becerra también lo hacía públicamente, pero en las calles de la ciudad. Fotografiaba cada graffiti que veía, todos o al menos la mayoría revelaban un contenido social. Caminando unos metros más, atravesé el extenso puente peatonal de la calle 26. Al bajarme, otro mensaje contundente estaba frente a mis ojos, esta vez parecía tener un destinatario especial “Petro skape”, un mensaje diciéndole al mandatario de Bogotá de forma sarcástica “escapa” o “Petro, nuestro escape”, y de inmediato recordé esa entrevista del alcalde al Canal Capital antes de ser destituido: “Si me destituyen, lo primero que haré será proteger mi vida”, fue su contundente mensaje.

Caminé un poco más hacia el oriente y observé otro grafiti, que esta vez hablaba de las impunidades, de los desplazados y de la sociedad sin memoria de la que seguimos siendo esclavos. Tomé mi celular y realice una *selfie* (tan de moda hoy en día) con el grafiti de fondo; por un momento olvidé que estaba en la avenida Calle 26, una vía bastante peligrosa y muy visitada por los amigos de lo ajeno. Guardé mi celular y continué caminando, y cuanto más avanzaba hacia el oriente más mensajes encontraba, cada vez más sorprendentes, y me decía: “tantas veces pasé por aquí y nunca observé nada; simplemente veía, son bonitos”, decía para mis adentros, y a eso me limitaba. Tenía todo un día para realizar mi recorrido, el cual ya había terminado por la avenida Calle 26; debía subirme entonces a otro transmilenio para continuar mi segundo recorrido, esta vez hacia la Avenida Suba.

Lugar: Avenida Suba

Hora: 1:45 p. m.

Nuevamente, a bordo de un transmilenio, recorría la ciudad por la avenida Caracas para llegar a mi destino; mientras lo hacía, descubrí que los puentes son los sitios predilectos para los grafiteros, allí se pueden esconder del ojo inclemente de la Policía que ya había acabado con la vida de uno de ellos. Tome un articulado C4, Ruta fácil, hacia Suba y, justo cuando estaba en frente de la estación Isierra 100, empezaron a hacerse presente los grafitis. Con mis audífonos puestos, sentado en una silla del lado izquierdo, justo del lado de la ventana, prendí la cámara de video para poder captar todos los grafitis; de vez en cuando sacaba mi libreta y algo apuntaba. “Debe andar en las drogas”, supongo era lo que estaría pensando mi compañera de la silla de al lado. De todos los grafitis que observaba, sin duda alguna el que más impacto generó en mí fue un gato inmenso que estaba plasmado en el puente siguiente a la estación de la avenida Suba con avenida Boyacá, tal vez porque ese mismo gato se parecía demasiado al gato que siempre dibujaba Diego Becerra o “Tripido”, como lo llamaban sus amigos y como él mismo firmaba sus creaciones. Observé la figura del gato, intentando ver si tenía la firma de Tripido; no lo conseguí, no alcancé a visualizar ninguna, pero esa imagen fue sin duda la mejor que vi en ese recorrido. En toda la avenida había más grafitis pidiendo paz, pidiendo la legalización de las drogas y cosas similares, todos ellos tenían en su interior un mensaje.

Hora: 3:40 p. m.

Lugar: Autopista Norte

Recorrido: Autopista Norte-carrera 30-autopista Sur

Destino: Portal del Sur

Dos horas después de haber terminado mi recorrido por la avenida Suba, llegué a la estación de la avenida Calle 100, ahí tome un articulado Ruta fácil B5 que me llevó hasta el Portal del Norte en donde tomé nuevamente un Ruta fácil que esta vez fue un G5, para recorrer la carrera 30 hasta la autopista Sur; mientras avanzaba, en sentido norte-sur, eran pocos los graffitis que se podían observar, uno que otro en alguna pared pero nada que me llamara la atención. El transmilenio siguió avanzando hasta llegar a la estación de la Avenida Chile, allí observé cómo cuatro chicos terminaban de hacer sus graffitis, dos de ellos lo hacían en el primer trazo de la pared; en realidad, más que dibujo solo escribían una frase *sailornaut*; no entendí lo qué significaba esa palabra, intenté buscarla pero la encontré. En la segunda parte, estaban otros dos chicos, uno de ellos apoyado en muletas, mientras el otro retocaba el grafiti; era un tigre de color amarillo sin ninguna frase. Los observé desde la estación durante 15 minutos para ver cómo actuaban; les tomé algunas fotos y, por un momento, intenté salir de la estación y entrevistarlos. Creo que lo pensé demasiado, porque cuando decidí salir, dos de ellos ya se marchaban en sus bicicletas; el muchacho de las muletas empacaba sus implementos en una maleta y el otro terminaba de empaquetar sus grandes *sprays* y los tarros de pintura; así hubiese corrido no hubiera llegado a tiempo hasta donde ellos se encontraban. Tomé otras fotos más y nuevamente me subí a otro articulado para continuar con mi recorrido, durante el cual observé muchos graffitis en especial debajo de los puentes y en los muros de la Universidad Nacional; algunos con mucho trasfondo, por ejemplo, una imagen del Che Guevara, símbolo de la revolución latinoamericana; otro más que decía “fuera *yankees* de Colombia” y, en general, graffitis con mensajes directos, por toda la carrera 30 hasta llegar al puente vehicular de Venecia, y en donde ya se empieza a tomar la autopista Sur observé un muro grande totalmente lleno de graffitis, “¿qué raro?”, me dije, vivo a tan solo unas calles de esta estación y jamás los había visto o tal vez no los había observado con un mensaje tan claro. Uno de estos hacía referencia al aborto, pidiendo respeto por la

vida, y otro, un hermoso paisaje que hacía alusión a la preservación de la naturaleza. Me detuve durante 5 minutos e hice nuevamente una *selfie*. Tomé otro articulado que me llevó hasta el Portal del Sur. Los siguientes grafitis de la autopista Sur eran poco imponentes y se hacían cada vez más escasos y menos elaborados; eran muy artesanales y en su mayoría eran solo frase de personajes famosos como Bob Marley. Diez minutos después ya estaba en el Portal del Sur y había culminado mi recorrido siendo las 5 p. m., es decir, cuatro horas y media después de haber iniciado, y tenían suficientes imágenes, apuntes y videos. Ya en el portal, estaba totalmente cansado; tomé nuevamente la ruta B5 y 5 estaciones después estaba en mi casa con un pensamiento más claro sobre la cultura del grafiti en nuestra ciudad.

Este artículo lo titulé “Ciudad Grafiti” porque después de haber recorrido 3 de las avenidas principales de Bogotá comprobé que esta urbe grita en cada una de sus paredes lo que el pueblo calla. Las paredes repiten lo que sus habitantes esconden en sus hogares. Bogotá, mi ciudad por adopción desde hace 6 años, nunca se calla; vive en un grito permanente pero que no siempre es escuchado. Me pasó a mí, hasta que el tema del grafiti me llamó tanto la atención. La idea de expresarme por dibujos en sitios públicos me pareció fascinante y debo agradecer a Diego Sánchez, mi docente, por hacerme ver otra forma de cultura, desconocida para mí: la cultura del grafiti en Bogotá. No encontré otra mejor forma de terminar esta columna que con las palabras que Diego Becerra pronuncio antes de ser vilmente asesinado: “No estamos haciendo nada”, segundos después cayó de dos disparos en su espalda; su caso, a pesar de la presión mediática que en su momento recibió, aún continúa en la impunidad; hay presos, hay destituidos, se habla de una conciliación, se habla de 500 millones de pesos que ofrece la Policía a la familia de Becerra, pero hoy, 20 de agosto, cuando escribo este relato, aún no hay ningún condenado por la muerte de “Tripido”.

Diego Felipe Becerra no estaba haciendo nada, y tristemente los habitantes de la Capital tampoco estamos haciendo nada para que nuestra cultura sea respetada como debe de ser. El teatro, la danza y la música son tan respetables como el arte del grafiti.

El oficio del cronista: el concurso en su segunda edición

Por Alejandro Cuervo⁷

“Todos los viajes —no importa si son de trabajo o vacaciones— tienen algo en común: nos obligan a salir de nuestra cotidianidad, de nuestro centro. Es el momento del asombro. Incluso si el viaje resulta un fracaso”, decía Hebe Uhart, escritora y cronista argentina, en un reportaje para el proyecto chileno Viva Leer. La crónica, entonces, es como un viaje, y el oficio del cronista es relatar, detallar y revivir ese viaje para que asimismo los lectores transiten con él. Sin embargo, relatar este viaje, ya sea al interior de un personaje o de un suceso en específico, requiere, más que detalle, intimidad, y para conseguirlo es necesario dejarse afectar por la historia que el personaje o el suceso tiene para entregar.

“Es salir a la calle, hacerse permeable”, reitera al respecto Alma Guillermo Prieto, cronista mexicana, que además pide a todo cronista hacerse vulnerable, caminar, vivir y, luego sí, ‘cronicar’. La crónica se torna entonces en una apuesta arriesgada, y el cronista debe ser afectado por la historia, por los tiempos en que vive. Y nuestros tiempos son difíciles. Toda crónica directa o indirectamente se transforma en un testimonio de su tiempo; por eso, la actitud emocional debe haberse adquirido antes de la redacción, pues el cronista debe ser permeable a la vida antes de la escritura y así nunca podrá realmente escapar a la vulnerabilidad que le demandan las historias.

Esa vulnerabilidad se traduce en una escritura que debe resultar potente; en palabras de Susan Sontag, escritora, novelista y ensayista estadounidense, la historia debe tocarnos los nervios y nuestro corazón debe

7 Profesional en Estudios literario, Pontificia Universidad Javeriana y Magíster en Escrituras Creativas, Universidad Nacional de Colombia, profesor del Programa de Comunicación Social de UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

comenzar a latir con solo leer la primera línea y temblar por el riesgo. Además, agrega que “la única historia que al parecer vale la pena escribir es un llanto, un disparo, un grito. Una historia debe romper el corazón del lector”.

Todo esto se debe a que precisamente una crónica se escribe por una obsesión, por un capricho que lleva a exigirnos la calidad necesaria para sorprender al lector con la historia y seducirlo, como exhorta el escritor y periodista argentino Martín Caparrós. Pero entendamos este escribir en un sentido más extenso, pues todas las crónicas independientemente de su modalidad pasan por un proceso de escritura, todas ellas se nutren de trops literarios traducidos a distintos medios. En esta edición del concurso “Tinta púrpura: historias y relatos desde la crónica”, las crónicas, en sus dos modalidades, escrita y multimedia (audiovisuales y radiofónicas), se tiñeron de tinta púrpura, una tinta cargada de la vulnerabilidad de sus autores que invita al viaje a lectores y espectadores, y que revelan en este oficio la actitud frente a las historia de quien se hace llamar un cronista.

Ganadores segunda edición: escrita



Por la calle, destino turístico zipaquireño

Primer puesto

Diana Rocío Vega Moreno

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Cambiando realidades

Segundo puesto

Cindy Estefanía Jojoa Ramírez

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

De castigo, serás un niño... para siempre

Tercer puesto

Liliana Marcela Torres

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Por la calle, destino turístico zipaquireño⁸

Entre calles particularmente coloniales, según el sector, que cambian arquitectónicamente conforme avanzamos en el recorrido, existe un mundo muy atractivo de personas que enfrentan la vida o las circunstancias, no solo con esfuerzo sino también con una cara amable en medio de calles frías y caras de disgusto, afanadas, quienes rebelándose a este ritmo homogéneo de vida e incluso sin siquiera ser conscientes de que marcan la diferencia, se han perpetuando en la memoria de los pueblos o de las ciudades. Por ello, en esta ocasión, apreciado lector, he querido recoger las historias que se pueden vivenciar en las calles zipaquireñas.

Me encontré un día con la sonoridad de un grito que a ritmo de rima o verso hacía cánticos, que se referían a los nombres de los negocios de la calle por la que pasaba, generando sonrisas en los transeúntes. Un hombre que vendía morcilla de manera jocosa pasó por mi lado. Me atrajo tanto su estilo de vender que no pude evitar acompañarlo en su recorrido; así conocí al doctor Morcillo, un pintoresco comerciante que por más de 33 años vende de forma ambulante morcilla en el municipio de Zipaquirá, quien también es un empresario, un estudiante aventajado de Administración de Empresas y excandidato al Concejo.

Otro día en que me encontraba en compañía de una amiga en un sector muy concurrido del mismo municipio, un hombre interrumpió nuestra conversación con un rítmico “queeeee-sadillo”, dejándonos, en principio atónitas, para que luego esta manera particular de ofrecer su producto nos hiciera reír hasta la saciedad y, por supuesto, comer ricos quesadillos. Hay que admitir en este punto que es muy divertido ver a los transeúntes quedar boquiabiertos con esta peculiar manera de vender, en los alrededores de la calle 15 que es el sitio en el que lo podremos encontrar con mayor frecuencia.

8 Diana Rocío Vega Moreno, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

Pasando por una calle en exceso transitada, alguien me aborda de una manera muy peculiar que parafraseando sonó más o menos así: “Linda, muy lindos tus ojos de enojo y preocupación, mira traigo incienso para la limpieza del espíritu”, yo que iba enfadada al no poder moverme con mayor velocidad, solo sonreí, más por la sorpresa ante un representante de lo que en algún momento fue el movimiento hippie, que por tener alguna intención de comprar incienso.

De repente, una señora que lleva unas bolsas en la mano pasa diciendo “Colabóreme con unas monedas para alimentar a los hijos del campeón”. Si usted en algún momento pasa por las calles zipaquireñas se la puede encontrar, yo que ya llevo diecinueve años viviendo allí, todavía no descubro a los hijos de qué campeón se refiere aquella señora tan particular. Quizás usted pueda correr con mejor suerte y podamos desentrañar el misterio. También se podrá encontrar con una dulce ancianita de más de 70 años, por lo menos en apariencia, que camina por las calles perpetrando lo que se podría denominar como “acoso con un cierto tinte sexual, principalmente a los hombres y aunque hasta el momento ninguno la ha denunciado, sí he podido observar cómo el rostro de varios caballeros se ha sonrojado, cuando al paso de este cándido personaje han recibido una inocente palmada en sus posaderas. Y qué decir de un peculiar bailarín que muy seguramente se encontrará en el llamado Parque de la Independencia; se trata de un habitante de calle, un personaje que lleva un peinado muy ochentero al estilo afro lleno de lápices en algunos casos o de objetos similares a pitillos, en otros.

En las tardes se aprecia como el fuego incandescente se toma los semáforos y entre figuras circulares los artistas generan entretenimiento a los en su mayoría son conductores agobiados o a los que van dentro de los buses atiborrados de servicio público, quejándose por el tráfico, pero la gala de artistas no termina allí. Nos encontramos con personajes desde un Darth Vader hasta con un monumento dorado, no muy bien conseguidos, pero eso sí, concebidos con la mayor dedicación; constituyen verdaderas estatuas humanas, muy originales. Si usted señor lector se encuentra en un fin de semana transitando las calles zipaquireñas puede pasar por el Parque Central; se encontrará con un excelente pintor, quien provisto de una silla pequeña y varios aerosoles, sin lugar a dudas,

lo dejará perplejo por su técnica tan poco común, la cual expone ante todo el que quiera observar.

El recorrido por lo artístico no para allí, pues en un parque ubicado en el barrio Algarra III, una gala de artistas de gran talento ensaya sus actividades en las horas de la mañana, presentando ante usted toda suerte de acrobacias, se les pueden ver en los zancos, las telas, en la cuerda floja e incluso participando del teatro y la cuentería; hablamos de virtuosos que en su mayoría pertenecen a la compañía de teatro Sombras Nocturnas y quienes ya forman parte de la tradición histriónica del municipio puesto que cada 3 de agosto, día en que se conmemora el fusilamiento de los seis próceres de nuestro municipio ocurrido en 1816, llaman a la compañía para representarlo a manera de homenaje. Y lo puede presenciar, bien sea por las calles o en el llamado Parque de los Mártires en donde el recorrido finaliza y que comúnmente se conoce como el Parque de la Floresta.

Si es 31 de octubre no dude en pasar por la calle décima, claro empezando el recorrido desde la calle octava y arrancando en un salón de belleza muy popular, y a partir de las horas de la tarde, se encontrará con una muestra de color y creatividad generada por representantes de la comunidad LGBTI, quienes organizan un desfile a manera de carnaval cada año, marcando la misma fecha.

Las calles son capítulos telenovelescos en las que se pueden encontrar verdaderos personajes que formando parte de los ciudadanos del común, enriquecen y de muchas maneras engrandecen los municipios, las ciudades o los países, pues al romper con la homogeneidad aportan una cuota de descanso a quienes recorriendo las aceras se encuentran estresados o simplemente apurados por los problemas de la vida diaria. Con esto, señor lector solo busqué mostrarle una parte que aunque es conocida ya por muchos, ha sido comentada por pocos, con el fiel propósito de invitarlo a salir, observar disfrutar y pasear bien sea por las calles zipaquireñas, las de su ciudad o tal vez tan solo las de su barrio.

El llamado es a que se atreva no solo a conocer los lugares emblemáticos de cada sector sino también a los personajes que se presentan a diario en su camino.

Cambiando realidades⁹

Es viernes y son las 4 de la tarde, en la Fundación Colombianitos sede Tocancipá es la hora de hacer RCA reflexión, conexión y aplicación, una metodología que por medio de actividades recreativas, deportivas y sociales, los niños y jóvenes trabajan con motivación la práctica de valores en sus vidas llenas de ilusión. Por ello, la Fundación Colombianitos hace una verdadera transformación que busca optimizar la calidad de vida de todos ellos, adaptando las necesidades que presentan en las diferentes veredas vulnerables del municipio.

Aquella tarde soleada en el centro educativo de la vereda en la que se llevó a cabo la primera actividad con las niñas por parte de la Fundación fue una lección única, se asemeja al primer día de colegio cuando llegas con muchas expectativas, tímido y no conoces a nadie. Cada viernes, la profe Jessika como la llaman los niños, se reúne con sus alumnos en un ambiente lleno de ternura, alegría y diversión. El colegio está lejos de coincidir con la imagen que muchos pueden tener de una escuela de apariencia pobre, sus instalaciones son pequeñas pero cómodas, en las paredes hay diferentes dibujos alusivos a niños jugando y hay un hermoso jardín que decora los alrededores de la entrada principal.

Todos se reúnen en círculo en el campo deportivo y la profe empieza con su clase sobre el valor del día, la resolución de conflictos; reparte hojas blancas, lápices y empiezan a definir para qué les ayuda este valor. Una vez que todos terminan, comienzan a compartir su trabajo y aunque algunas niñas se muestran tímidas ante el lente de mi cámara, siguen con su actividad. Al final cuando se concluye el trabajo, la profe da su respectiva explicación, las niñas salen corriendo felices y esperan a los jóvenes que hacen labor social con la Fundación. Mientras tanto me acerco a tomar algunas fotografías y veo rostros que ocultan situaciones muy duras, pero que con una sonrisa temerosa posan para la foto, recuerdo que una niña se me acercó y me dijo: “No quiero que me tomes fotos porque tengo mi pantalón roto”, lo único que hice fue decirle que no importaba la apariencia de su ropa sino la felicidad que ella reflejaba

.....

9 Cindy Estefanía Jojoa Ramírez, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

al estar con sus compañeras, divirtiéndose en un espacio diferente; al explicarle esto, en su carita se dibujó una sonrisa y se fue a jugar con sus amigas.

Cuando por fin los jóvenes encargados de la labor social llegan, las niñas se dividen en grupos para participar de cada trabajo planteado por los estudiantes; el objetivo de la primera actividad era enseñar a las niñas a escuchar y ser líderes. Consistía en vendarle los ojos a su compañera y guiarla para que atravesara los diferentes conos que había en el suelo; yo me agaché para sacar otra foto, en ella capté a una niña perdida en sus pensamientos, metiéndose a la boca su collar de varios colores y al lado izquierdo apareció otra de las alumnas con los ojos vendados. Al analizar esta imagen me percaté de que muchos niños en Colombia tratan de ocultar sus miedos, problemas y maltratos con tan solo cerrar sus ojos ante las situaciones que viven a diario.

La segunda actividad trataba sobre adivinar el valor que cada una decía mediante el reflejo de un espejo, todas admiraban con picardía su aspecto, su belleza, otras se comunicaban al descifrar el valor que su compañera les decía, algunas no entendían la tarea y empezaban a hacer muecas frente al espejo. Finalmente realizaron la tercera actividad en la que aplicaban la técnica de puntería al tirar una pelota de pimpón en un recipiente pequeño, respetando el turno y alegrándose por sus compañeras sin sentir envidia o rivalidad.

Niñas inocentes, radiantes de satisfacción al culminar todas estas labores llenas de aprendizaje, reflexionaron y se reunieron de nuevo en círculo para seguir las indicaciones de su profesora en el siguiente encuentro. Una vez más tomo fotografías, en la imagen grupal todas se ven felices, sorprendidas y desconfiadas; sin embargo, salen corriendo para sus casas o quizás a contarles todas sus experiencias durante esa tarde a sus padres o simplemente a seguir viviendo en su entorno; tal vez, cerrando sus ojos y escondiéndose ante cada contexto difícil que tienen que enfrentar tratando de aplicar en sus vidas los valores aprendidos, pero siempre valientes ante las circunstancias que enfrentan todos los días.

A diario nos quejamos y nos acostumbrados a las noticias populares relacionadas con la guerra, la extrema pobreza, el desplazamiento forzado, las falencias que presenta el sistema de salud y educación, simplemente porque no nos afectan los problemas de otros; tenemos un cierto interés en querer más de lo que se tiene a raíz de lo que otros poseen, le damos la espalda a la realidad que vive nuestro país Colombia y nos hacemos a un lado.

Sin embargo, la Fundación Colombianitos se preocupa por las problemáticas que tienen algunos niños y jóvenes. A través de estas actividades lúdicas y los programas exitosos de la Fundación, *Goles para una vida mejor* y *Juguemos por la paz*, se motivan a los niños para que acudan al colegio y tengan un excelente rendimiento escolar mientras participan en diferentes labores extracurriculares, como el fútbol orientado al juego limpio, el trabajo en equipo y no solo se trabaja desde el área deportiva sino también en la educativa como lo explica Jessika Ramírez, la coordinadora general del área social de la Fundación. Al mismo tiempo, con estos proyectos se enseñan la lectoescritura y la lógica matemática, el inglés y la inclusión de diferentes valores individuales y sociales en la existencia de cada personita.

Jóvenes agentes de cambio, también es un espacio que busca formar líderes, capaces de transformar sus comunidades, a través del impulso y proyección de nuevas propuestas y en las que se maneja la adquisición de nuevos conocimientos y experiencias que permiten la construcción de diferentes modalidades para que sean ejecutadas en el proceso continuo de sus vidas, dejando un legado a las demás personas que conforman su entorno. Por medio de la educación sexual, la prevención de sustancias psicoactivas, el empoderamiento femenino y las terribles consecuencias que viven ciertas personas con la violencia de género, son algunos modelos de formación que permiten a los jóvenes alejarse de los vicios y obtener la habilidad de sobrellevar este tipo de escenarios.

Esa tarde, después de las actividades con las niñas, llegaron algunos adolescentes a practicar fútbol con Diego Agudo, el entrenador oficial de la Fundación, pero ese día por otros compromisos no pudo asistir, así que la profe Jessika contactó a los miembros de la Cruz Roja para que sumi-

nistraran una capacitación sobre primeros auxilios. Al principio, todos estaban un poco desconcertados pero ansiosos por aprender algo nuevo; a medida que el tiempo pasaba, las dudas surgían y todos llenos de entusiasmo prestaban atención a las indicaciones de los capacitadores. La Mona, una joven alegre y optimista, practicaba una y otra vez las técnicas adecuadas para levantar un herido e instalarlo en la camilla. Cuando por fin aprendió y logrando su objetivo, dijo: “Ahora sé cómo atender y ayudar a un herido en cualquier accidente”. Este tipo de preparaciones incentiva a los jóvenes a tener liderazgo, solidarizarse con quienes lo necesitan e integrar grupos como la Cruz Roja, no solo por ayudar a los demás sino también para alentar a otros a que participen de este tipo de labores.

Posteriormente, al completar la capacitación, todos se reunieron a jugar fútbol, incluida la profe; gritaban, saltaban, corrían y se divertían compartiendo un momento de esparcimiento. El beneficio de mantener fuera de las calles a todos los niños y jóvenes, además de adquirir una educación mediante estos programas deportivos y las actividades recreativas valiosamente constituidas, es una muestra de un cambio social, resultado de la iniciativa por parte de algunas personas que se preocupan por los demás al dejar a un lado el egoísmo y aportar formas diferentes de ayudar a quienes lo necesitan.

Compartir una clase con estas personas es una experiencia única porque esa idea prejuugada que muchos tienen de los niños y jóvenes vulnerables como individuos sin beneficios o con la incapacidad para hacer ciertas cosas, es totalmente incorrecta, ya que no solo ellos se favorecen de la Fundación sino también sus padres que cada mes asisten a una intervención psicosocial grupal e individual, en la que se analizan los problemas de sus hijos, se dan pautas de crianza y, lo mejor de todo, se estimula a la familia a reciclar, a crear huertas caseras para el desarrollo económico, al autoconsumo y el cuidado de las plantas.

Para finalizar, le pregunté a la profe Jessika sobre lo que más le ha impactado acerca de su labor en esta hermosa Fundación, y ella me respondió que fue el caso de un niño que llegó a su clase sin su hermano. Ella, al preguntarle porqué su hermano no había ido, él le contestó: “Mi

hermanito no pudo venir porque me prestó sus zapatos para que yo viniera a clase y él, cómo estaba descalzo, le dio pena venir así”. A Jessika, estas palabras le tocaron el corazón y decidió organizar una donación de zapatos para algunos niños de escasos recursos con sus propios parientes y algunos padres de familia. Al repartir el calzado a estos pequeños, la satisfacción de verlos felices, la invadió de ternura y deseos más profundos de seguir trabajando. Otro caso fue el de Kevin Luna, un niño con epilepsia, muy tímido, triste por su condición y que al entrar a la Fundación y participar en varios torneos de fútbol, se llenó de confianza en sí mismo. La mamá de este luchador le recalcó a la profe Jessika que sin su ayuda el niño no tendría seguridad y no sería tan feliz como lo es hoy en día.

Tantas historias de vida, momentos dolorosos de algunos niños y jóvenes inspiran a Jessika Ramírez y a Diego Agudo a trabajar comprometidamente para cambiar la realidad de 185 pequeños y adolescentes. Solo estas dos personas luchan con esta Fundación en Tocancipá y son un ejemplo más que a raíz de la desigualdad, tratan de cambiar la sociedad colombiana expresando, exponiendo, construyendo nuevos sentidos de comunidad, pertenencia, responsabilidad, compromiso para lograr una contribución y transformación social en varios ambientes de vulnerabilidad. De este modo, la solidaridad influye en las variedades culturales que fortalecen nuestra identidad, ya que nos ayudan a participar en la sociedad formando líderes con pensamiento crítico. Al modificar el contexto de todos estos niños y jóvenes y a través de actividades deportivas, lúdicas y sociales, se logra poco a poco estimular e impulsar nuevas perspectivas, ejemplos y experiencias.

De castigo, serás un niño... para siempre¹⁰

Yo no perdía mi atención en Juan Diego, pues aparte de ser “un niño pilo”, no puedo negar que era bastante guapo, tanto, que considerando su inocencia mental, por un momento me hizo sentir algo pedófila.

“Mira, yo soy el más inteligente y el más grande de todos acá, verás, ¡yo sí sé leer y sé sumar y multiplicar!, pregúntame... además ¡soy el más fuerte y solo tengo 7!”, era el primer comentario que hacía Juan Diego a cualquier extraño que llegaba a sentarse cerca de él, luego de extender su mano para presentarse abiertamente y sin prejuicios: “Hola mucho gusto, soy Juan Diego Rocha Martín”. Por supuesto en esa ocasión no fui la excepción para él. Inmediatamente entró él en el salón, se sintió un elevado aire de cordura, admirada vi como por momentos hacía comentarios de adulto, ese adulto que llevaba oculto tras una infantil sudadera azul; sacó su cuaderno muy bien conservado, se sentó a mi lado y comenzó su ciclo diario de autoalardeos, mostrándose tranquilo y totalmente inocente de lo que tiempo atrás le había sucedido.

Hacía frío, sus compañeros curiosos llegaban a la mesa a ver qué estaba pasando con la inesperada visita que llegó buscando solo a Juan Diego, uno de ellos se acercó a mi espalda, tomó sorprendentemente un mechón de mi cabello y lo olió apasionadamente, tan apasionado que terminó jalando de él sin compasión como si quisiera arrancarlo, a lo que me preguntó: “¿A qué huele tu pelo?”, inmediatamente Juan Diego salió en mi defensa para retirar a Carlos de mi lado y por supuesto de mi cabellera. Con temor, Carlos, mirándolo con rabia fijamente, obedeció a la imponente figura de Juan Diego y retrocedió como un animalito, ya que como él lo afirmaba, en verdad era el más grande y corpulento de todos.

Inmediatamente, y casi haciendo fila, el resto de sus compañeros me abordaron rodeándome, uno me mostró su colección de canicas, el otro me miró fijamente con rabia y en silencio, otro preguntó qué hacía yo ahí, otro que cuándo me iba e incluso uno un poco más atrevido intentó robarme besos y así muchas cosas más que se perdieron en el murmullo

10 Liliana Marcela Torres, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

que sonaba como música de fondo mientras yo no perdía mi atención en Juan Diego, pues aparte de ser ‘un niño pilo’, no pude negar que era bastante guapo, tanto que considerando su inocencia mental, por un momento me hizo sentir algo pedófila.

Por supuesto, solo pude entablar diálogos infantiles con él, por lo que me vi obligada a conocer a sus padres y una prima que estaba allí, para saber más de él y su historia antes del día que le cambió la vida.

“Es un excelente hijo incluso desde antes del accidente, era un muchacho bastante obstinado, terco y muy alegre, le encantaba divertirse”, respondió Gerardo Rocha a mi pregunta “¿Cómo era su hijo antes del accidente?”. Acto seguido, Maritza Martín respondió: “¡jum! ¡Era tremendo!, estas canas que tengo no fueron gratis, en la casa era un loco, bastante vanidoso y de suerte con las niñas, ¡le llovían a mares!, pero eso sí en el estudio muy bueno, siempre fue así”, redirigí mi mirada a Catalina, quien sin dudar dijo: “Es mi primo favorito, por eso estoy aquí, quiero apoyarlo ya que, si Dios me sacó sana y salva de ese suceso, creo que fue con ese fin”.

Juan Diego nació en Bogotá el 5 de mayo de 1979 en la clínica El Country al norte de Bogotá, el segundo de tres hijos, un niño con mucha suerte y saludable criado en el seno de una familia totalmente funcional, armoniosa y condescendiente, tanto que, hoy sus padres no pueden dejar de pensar que si quizás ellos hubiesen sido un poco más estrictos, no estarían separados hoy de Juan y lamentando los hechos.

Juan Diego se graduó con honores de la Universidad Católica de Colombia como abogado y especialista en Derecho Penal en el 2000; con éxito poco después de su grado, inició labores con un importante bufete de abogados. Pronto, Juan Diego se hizo popular especialmente con las mujeres que se sentían atraídas por su físico llamativo, su personalidad dicharachera y por supuesto por su lujosa camioneta que era fruto de los casos que había ganado.

Para Juan D. en su vida, aparte del trabajo, los lujos y las mujeres, no podía faltar la rumba y el alcohol: no había fin de semana que Juan, junto

con su hermano menor Tomás, dejara de salir a departir con sus amigos en los sitios más suntuosos de la ciudad y sus alrededores.

Mientras escuchaba la información proporcionada por sus familiares, intentaba sentirme más cerca de él, lo observaba desde la prudente distancia a la que estábamos para que él no escuchara, sin dejar de pensar, en qué pudo pasar y el por qué a un joven tan apuesto y con una vida tan exitosa.

Volqué mi mirada de nuevo en sus familiares e inmediatamente y sin agüero pregunté: —¿entonces cómo fue que él vino a parar aquí?

—Bueno..., inició su madre con los ojos opacos, mirando al suelo como si recordara la escena de una película de suspenso. —Un fin de semana con festivo, entre el 26 y 28 de mayo de 2002 más exactamente, Juan Diego quiso celebrar sus recién cumplidos 22 añitos en la finca que tenemos a las afueras de La Calera, recuerdo que estaba muy animado, invitó a sus amigos y familiares más cercanos, entre los que estaban Tomás y Catalina. Nosotros no quisimos ir, pues era cosa de muchachos y a él tampoco se le veían ganas de que fuéramos su papá y yo. Antes de salir, lo persigné y le advertí, como siempre, que tuviera mucho cuidado y que si se sentía mal, mejor se quedara allá con los demás, pues ese muchacho sí que era loquito cuando tomaba.

—Pasaron el fin de semana allá, bailaron y tomaron hasta más no poder según supe, no pude evitar ver que Catalina allí presente, afirmaba el relato de Maritza asintiendo su cabeza varias veces, mirando al piso y mordiéndose con algo de remordimiento su labio inferior. Seguí escuchando a Maritza continuar con la historia: “La fiesta siguió hasta el lunes festivo, tanto que ya se sentían pasmados según me contaron después Catalina y algunos de sus amigos y que por eso no le vieron problema a que Juan condujera de vuelta a la casa. Ellos salieron en dos camionetas, una, la de uno de sus amigos en la que se fueron como seis de ellos y la otra la de Juan D; en ella iban Catalina, Tomás, Santiago, Fernando y pues él que venía conduciendo”. En ese momento, noté que dicho lo último, lo acompañó de un gesto torcido en su boca y mirada de resignación, luego respiró profundo y continuo.

—Ellos venían de vuelta para Bogotá el lunes tarde de la noche a eso de las 11, dizque para evitar que los parara un policía de Tránsito, pues eran conscientes del estado en el que venían, ¡especialmente el conductor! (señalando a Juan Diego). Venían contentos, hablando, cantando, en recocha, lo normal, en eso Juan se distrajo y cuando volvió la vista al frente, los escasos reflejos que tenía no le dieron tiempo de esquivar un camioncito que venía de frente a ellos. En la frenada no le quedó de otra que intentar esquivar, pero perdió el control, se pasó al carril opuesto, se estrelló contra el muro, luego, la camioneta se fue a botes. Según nos contaron después las personas que estaban por ahí, salió a volar por el aire y en eso uno de ellos salió disparado de la camioneta que ya iba vuelta nada.

Luego de un silencio sorbido, los cuatro giramos a ver a Juan; en respuesta, él corrió hacia nosotros a mostrarnos que le estaba ayudando a una de las monjitas a hacer las cuentas de los gastos. “Ma, mira estoy haciendo las cuentas para la hermana, estamos mirando cuánto se gastó esta semana, aquí nadie sabe multiplicar, yo sí”. Su madre, con cara de comprensión pero algo impaciente, le ordenó que volviera a su silla: “Ve para allá que estamos ocupados, ya hablamos” y continuó.

—¿En qué íbamos?... Ah sí, a nosotros nos llamaron a esos de las 12 pasaditas, dormidos no estábamos porque ya se nos hacía raro que nada que llegaban... Cuando me dijeron lo que había pasado casi me muero... (Suspiró). Llamé rápido a Gerardo, nos cambiamos y salimos volados para el sitio, casi no llegamos pues había trancón por el accidente, empecé a pensar lo peor, pues solo nos habían avisado del accidente mas no de sus consecuencias. Cuando logramos llegar solo pudimos ver lo que quedaba de la camioneta y a lo lejos dos cuerpos que estaban preparando para hacer el levantamiento, por un momento sentí que el estómago se me salía, pues sabía que mis dos hijos y mi sobrina iban en ese carro y cualquiera de ellos podrían estar ahí tapados. Cuando logramos pasar corrí, pero al paso me salió un policía y uno de los de medicina legal, me preguntaron cosas que ni me acuerdo, solo recuerdo que entre todo preguntaron si yo conocía a Tomás Felipe Rocha Martín, Laura Catalina Rojas Martín, Juan Diego Rocha Martín y otros dos que en mi angustia en ese momento no reconocí. Al afirmar que los tres primeros eran mis

dos hijos y mi sobrina, me alejaron del sitio, me sentaron, intentaron calmarme para contarme como estaban las cosas, me dijeron que Cata y Juan estaban muy lesionados, especialmente Juan que tenía una severa lesión cerebral, que no se sabía si se salvaría, eso me dolió pero cuando me dijeron que mi Tomás estaba allá tirado, tapado con un trapo que alguien trajo para tapar su cuerpo, en serio me sentí morir, ¿qué estábamos haciendo nosotros para merecer esto?

Con un nudo en la garganta, solo observaba cómo una lágrima de recuerdo rodó por su cara, su esposo la abrazó y consoló silenciosamente. Catalina solo miró al vacío como recordando aquel día; en ese instante dejó de parecerme inocente y simpático ese hombre-niño que peleaba y a la vez jugaba a lo lejos con algunos de sus compañeros, vi en las caras de sus padres aún, una madeja de sentimientos encontrados por la pérdida de Tomás y el actual estado de Juan, causado por él mismo. Creí entonces que era ya la hora de cerrar la historia y acabar con mi preguntadera, pues todavía se notaba cuánto les afectaba la situación; por eso, aclare que ya para terminar mi indagación solo quería saber por qué Juan D. todavía se encontraba allí.

Acto seguido, Gerardo continuó con lo que Maritza parecía no querer terminar de contar: “Mmm... Juan duró casi tres meses internado en el hospital, casi al mes reaccionó, nosotros lo vimos raro, pero pensamos que sería por el tiempo que duró dormido y el golpazo. Los médicos no nos habían dado el parte, porque tocaba esperar que despertara y unos exámenes para saber cómo quedaba y si sobreviviría, pero luego de dos meses de terapias, exámenes y cuidados, los médicos nos advirtieron que él estaba físicamente muy saludable, que su recuperación era sorprendente, pero que su cerebro debido al golpe, había quedado como el de un bebé, que debíamos dedicarnos a enseñarle todo nuevamente, que el poco a poco crecería cronológicamente, pero que no pasaría de una edad de nueve años máximo, con suerte de 14 años. Ya en la casa, por su fuerza y tamaño nos fue muy difícil ayudarlo, además que nosotros debíamos continuar muy a nuestro pesar con nuestras vidas y no teníamos el tiempo para dedicarle, buscamos orientación y como somos católicos, unos amigos cercanos nos contaron de este lugar y de lo que las Hermanas Carmelitas hacían aquí, así que lo trajimos”.

Sumergida en mi mente, armando la película que esta pobre familia vivió ese año, con la pérdida física de un hijo y la pérdida mental del otro; lograba volver al presente cuando vi a Gerardo que fruncía sus hombros como diciéndome: “¡Terminé!”. De inmediato, agradecí por su cooperación y como los extraños que éramos dos horas antes, nos dispersamos rápidamente para quedar al final todos junto a Juan. Sin más, me despedí de todos, por último de Juan Diego, con ese extraño sentimiento encontrado por dentro... Recibí mi beso de despedida, no sin dejar de sentir cierto gusto como mujer y por otro lado pesar, cuando pensé que estaba recibiendo el beso de un niño inocente, atrapado en el cuerpo de un atractivo hombre.

Me fui alejando como en cámara lenta de él, salgo del oscuro y frío salón casi sintiéndome ciega por el repentino contraste del exceso de luz que afuera alumbraba con un fino calor, me dirigí hacia la salida, en el camino se iban atravesando rostros, ajenos, maltratados por la autoflagelación, unos desencajados en su esquizofrenia y otros en una demencia que ni siquiera les dejó percatarse de mi presencia, que en ese instante se convertía en ausencia, estos no me permitieron tener buena visibilidad de Juan. Crucé el umbral de la puerta que separaba la demencia de la dichosa cordura, esta se cerró y solo pude alzar mi mirada a su pórtico para leer: “Bienvenidos a la Colmena” hogar psiquiátrico masculino de Sibaté”¹¹.

Juan Diego, como si se tratara de una fábula de Disney o de un castigo divino, tendrá que vivir hasta el fin de sus días creyendo que él aún es un niño, un niño que se asombra y presume de su inteligencia, su fuerza y simpatía a sus muy escasos e imaginarios siete años, ignorando que hoy quizás sería uno de los abogados más prestantes del país.

11 *N. del E.*: La Colmena, centro psiquiátrico masculino de Sibaté, no se encuentra dentro de los registros del municipio de Sibaté; no obstante, sí se encuentra el Centro masculino especial “La Colonia”. Se mantiene el nombre del centro referido por el autor, para respetar la forma en que fue presentado al concurso.

Finalistas segunda edición: escrita

Canción de cuna para ocultar el dolor

Alejandro Rodríguez Silva

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

¡Esa mala mujer me lo quitó!

Yudy Alejandra Rodríguez

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Destino del vuelo: estamos unidos

Andrés Felipe Morales Orjuela

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Justicia en sus manos

Luz Dary Mejía Arenas

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Después de toda tormenta llega la calma

María Fernanda Moreno Jiménez

Comunicación Social

UNIMINUTO Virtual y a Distancia

Canción de cuna para ocultar el dolor¹²

Mientras en la radio suenan las noticias acerca de la intervención de uno de los sectores más violentos de la capital en el que se reunían los habitantes de calle, las historias hacen sacudir la piel más que el frío de la madrugada. Niñas que al buscar ‘soluciones’ a su difícil vida, encontraron en el Bronx la respuesta de las drogas y terminaron amarradas a una cama sirviendo, involuntariamente, de consuelo carnal a los deseos de los drogados, mal llamados desechables. Emprendo así el viaje a una población de Cundinamarca para encontrar una historia que valga la pena para narrar las tragedias de nuestra gente. Son más efímeras las victorias que los fracasos y es un grupo de estos últimos los que estoy dispuesto a buscar, acompañado de mi persistente pesimismo en la humanidad.

Llego al Sisga. En bancos de madera están tres jóvenes, de no más de 15 años consumiendo cerveza y fumando. Pregunto disimuladamente a la tendera, la señora Esther, si esos jóvenes estudiaban o trabajaban, a lo que la mujer de mejillas sonrojadas por su raza, se sonríe burlescamente y confirma mis sospechas. Si acaso trabajan un día o dos a la semana. De resto se la pasan vagando, tomando licor y jugando tejo. Va creciendo mi incredulidad en un futuro provechoso de la humanidad.

“Bienvenido a Machetá”, reza un letrero enorme ‘grafiteado’ en *spray* con los nombres de equipos de fútbol y con los rayones típicos de las paredes bogotanas, exaltando el supuesto acto artístico de los desocupados mentales. Esto ya me huele mal y me da indicios de una juventud contaminada por las peligrosas tonterías ciudadanas.

Llego a una vereda, ubicada a 15 minutos del pueblo e inicio la búsqueda de Alberto. Un joven de 22 años con una historia difícil y digna de narrar según me afirman las personas que lo han conocido y por quienes llega a mí la información de un caso desconcertante de superación.

.....

12 Alejandro Rodríguez Silva, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

Son las ocho de la mañana y al ingresar a la primera casa me recibe la señora Julia¹³, una anciana de aproximadamente 80 años (ella no recuerda su edad), cuyo esposo, don Carlos¹⁴, se encuentra convaleciente en una cama más antigua que sus dueños. Con problemas de audición, la amable anfitriona intenta entender las preguntas que le hace este foráneo citadino.

Ya sentado en un taburete vetusto y recobrado un poco el aliento, pregunté por Fernando¹⁵, a lo que la señora aprovechó para iniciar la narración de la vida del joven con la técnica oral de un campesino viejo, adornada de lo que para mí eran exageraciones propias de la gente de la región y con palabras autóctonas del campesino boyacense: “El chinito ha sufrido lo sabido y lo oculto. Sitico”.

Empezó su relato contándome como el padre de Fernando, asesinó a su madre a punta de peinilla (machete, para el lector anglo bogotano) mientras estaba borracho. Lo hizo delante del pequeño que tenía apenas dos años de edad y de su hermana, que contaba con siete meses. El asesino huyó sin que hasta la fecha haya sido capturado ni judicializado, aunque ha sido visto en el pueblo en varias ocasiones tomando licor y acompañado de mujeres. Los pequeños quedaron a cargo de sus abuelos. Doña Lucía¹⁶, mujer campesina que, a la usanza antigua de nuestra gente, obedecía al marido a ciegas y recibía tremendas palizas, pensando lo que las absurdas costumbres le habían heredado, que se lo merecía.

Por otro lado, el abuelo, un hombre machista que gastaba gran parte de sus escasos ingresos económicos en el consumo de cerveza y chicha para no estar fuera de los cánones impuestos por nuestra raza que exigía el beber alcohol y la violencia contra la mujer como requisitos indispensables para demostrar su hombría. Este representaba al patriarca castigador y autoritario.

.....
13 Nombre cambiado por petición del autor.

14 Nombre cambiado por petición del autor.

15 Nombre cambiado por petición del autor.

16 Nombre cambiado por petición del autor.

A los dos años fallece el único ángel con que la vida había decidido reivindicar a los dos infantes. Una falla cardíaca rompió el corazón de la única figura de amor que tenían. Los vecinos; según cuenta mi cronista de cabello blanco, pensaron que el abuelo sacaría a flote su lado amable, viéndose como único responsable de las dos vidas. Pero no fue así. A sus cuatro años, Fernando se vio obligado a acompañar a su ancestro a cumplir las fuertes labores del campo, a ser exigido a su máximo y recriminado fuertemente por lo más mínimo.

Mientras que la mayoría de nosotros jugábamos en un mundo imaginario a ser policías, médicos o campeones mundiales de fútbol, el juego de Fernando era intentar esconder el temor a los castigos de quien era encargado de cuidarle. Siempre perdía.

Las manos envejecidas de doña Julia traen lo que parece ser un pocillo de tinto, bebida a la que soy ajeno, pero que por agradecimiento recibo, notando en su contenido el característico ingrediente del sabor a cocina con leña. “Ese anciano, alma bendita, era muy marrullero”, continúa la historia, mientras mis ojos buscan en la puerta de la residencia el ingreso de Fernando. Prosigue la singular historia, contando cómo el abuelo llevaba prostitutas que contactaba en los pueblos vecinos para mantener relaciones sexuales delante de los niños. Aquí me relata una escena que hizo crujir mis huesos. Cuenta doña Julia que varios de los jóvenes de la época se acercaban a la casa mientras se llevaban a cabo las bacanales para satisfacer su morbo libidinoso y veían en un rincón a los dos pequeños abrazados, observando el espectáculo. La niña reposaba en el pequeño pero heroico pecho de su infantil protector. Quienes contaban lo visto, coincidían en un detalle y era el de que todos notaban que Fernando, ya todo un adulto de seis años, movía sus labios al oído de su hermana, mientras sus ojos vigilaban una posible reacción agresiva de su cuidandero.

Así se repitió el espectáculo por seis años más con la mirada cómplice de los vecinos que por temor se rehusaban a denunciar. Hasta que alguien dejó ese miedo atrás y acertó al informar a la Policía, quienes acudieron al ICBF. Los niños fueron rescatados del infierno. La vida parecía querer arreglar su propio error.

Durante tres años, Fernando deambuló por casas de cuidado a las que era asignada su protección y educación. Todo iría bien, pero estamos en Colombia. Las familias utilizaban al menor para hacer los oficios caseros desde la madrugada, hacer las tareas de los hijos propios de las familias y vender los productos como empanadas que sostenían los hogares que se habían dispuesto para asegurar su bienestar y comodidad.

Fernando se cansó. Huyó del último sitio en que estaba porque el suplente del padre, pagado por nuestros impuestos, lo golpeó por la pérdida de un celular y cincuenta mil pesos, que a la postre se comprobó que habían sido hurtados por el mayor de los hijos para consumir drogas.

Son las doce del mediodía y por fin conozco a mi objetivo. En una bicicleta todoterreno llega Fernando Alarcón, pedaleando por el camino pedregoso de la vereda. Mi primera impresión es la de un joven normal. Lleva un jean manchado por el barro como testigo de su trabajo y una camiseta blanca que quizá por casualidad tiene escrito la palabra *'Freedom'*.

La anciana Julia ofrece al recién llegado unas arepas hechas en laja y un vaso de agua de panela.

Aunque usé todo mi arsenal de convencimiento, Fernando, acostumbrado a resistir, no quiso entrar en detalles. No deseaba recordar la imagen borrosa de su madre con el cráneo roto y la cara rasgada por machetazos asesinos. Ni de las escenas pornográficas a las que lo había entregado su abuelo.

Se limitó a retomar la narración en el punto que la había dejado Julia. Después de escapar del hogar del Bienestar Familiar; al llegar a 'casa', fue recibido por su abuelo como si se hubieran dejado de ver solo unas horas. "Yo sí me sentí feliz. Ese, mal o bien era mi familia y yo lo quería", dice Fernando antes de soplar el pocillo con el agua de panela. Su preocupación real estaba en el destino de su hermana, quien presenta un 'retraso mental', según me cuenta.

A los dos meses de estar de nuevo en su lugar de origen, cuando regresaba a eso de las 6 de la mañana a su casa de recoger unos plátanos para el almuerzo, oyó unos sonidos extraños en la alcoba de su abuelo. Primero pensó que el viejo verde había llegado la noche anterior con otra de las prostitutas con las que era normal verlo. Siguió hacia la cocina pero tuvo un presentimiento raro. Tocó la puerta y se dio cuenta de que estaba abierta. Se asomó y encontró el cuerpo de su ancestro tendido al pie de la cama. Moría su familia. Estaba solo (como si no lo hubiera estado siempre).

Muerto su abuelo, el joven cuidó de la finca. Se dedicó a trabajar para los vecinos que le pagaban lo necesario para comer y ahorrar. Esta palabra en la boca de un joven que a la fecha tendría 15 años me sorprendió. “¿Y para qué ahorra?”, pregunté esperando la respuesta de irse a otra parte del mundo o al menos a la capital que es el sitio a donde las ‘víctimas’ reales o no, corren a mendigar y engrosar los cordones de miseria, dejando el campo en el que quizá tengan más oportunidades. Pero mendigar es mejor negocio. “Para estudiar, lógico”, respondió. ¿Lógico?, refuté. ¿Y la rumba? ¿Y el licor? ¿Y la droga? y ¿todos los placeres que la mayoría de jóvenes de esa edad buscan?, me respondió que no tenía tiempo para eso. Su único interés era tener todo listo para traer a su hermana y vivir con ella. Por eso terminó su bachillerato sin ayuda, prestó el servicio militar en donde tuvo la fugaz idea de atentar contra su vida pero abortó el plan porque no sabía quién le llevaría la torta a su hermana el siguiente cumpleaños. Regresó de la obligación bélica (es irónico que sea obligatorio prestar el servicio militar, pero no lo sea estudiar) a su campo; del que no piensa irse porque sabe que es allí a donde pertenece. ¿Y ahora qué sigue? Este joven anormal (o quizá el único normal) se acaba de inscribir en una carrera tecnológica del SENA, que cursará en Cajicá, a dos horas de viaje en bus, pero que él muchas veces debe cubrir en cuatro horas en bicicleta porque la plata no le alcanza para darse ciertos lujos. La hora de entrada es a las seis de la mañana. Hagan sus cuentas.

Sobre los sentimientos hacia su padre, solamente dice que no puede negar que siente odio, pero con un tono más suave, cuando le pregunto qué le diría si se lo encontrara, me responde “Solo le diría gracias. Y le daría la espalda pa no llenarme de más bronca con él. Eso es malo, es pa uno”.

Debe irse. Tiene dos tareas para el SENA y trabajo en una finca. Antes de que se despida y por un morbo que pensándolo después me causó vergüenza, le pregunte qué era lo que le decía a su hermana cuando la abrazaba en el rincón del cuarto mientras su abuelo cometía sus aberraciones. Él se sonroja y sonríe como si le hubiera recordado una anécdota chistosa. Responde “Sí, me acuerdo. Yo para que no se asustara le cantaba pasito una cosa que mi mamá nos cantaba”. Y empieza a cantar bajito mirando a un perro que está durmiendo en el piso del solar: “Arepitas de maíz tostado, para su taita que está enojado”, suelta una lágrima de sus ojos, se sonríe y se despide porque no quiere llegar tarde.

Esta historia no tiene un cierre. No voy a dejar moraleja. Solo confieso que mi pesimismo recibió ese día una bofetada que agradezco. Sin padres, sin familia, sin consejo, decidió no ser víctima, aunque cumpla con todos los requisitos para serlo. Prefirió ser un héroe.

¡Esa mala mujer me lo quitó!¹⁷

Ella se me acerca tan alegre y sonriente, que por un momento vacilé en preguntarle por su hijo. Desenterrar un recuerdo que está latente en su corazón me hará quizás la persona más mísera de esta Tierra, pensé; pero aun así, entre mi titubeo respondo a su gesto cariñoso, con una sonrisa. –Vamos Alejita–, me dice, con su voz dulce y mirada noble y como si sus palabras fuesen una orden para mí, reaccioné; mis piernas empiezan a temblar y mis manos a sudar. Me levanto pausadamente, tomo aire y me dirijo tras ella al balcón del piso diez, lugar que escogimos para nuestro encuentro.

Amanece en Bogotá, son pasadas las 4:30 de la mañana del día miércoles 12 de marzo del 2014, y como es habitual en las madrugadas capitalinas: el frío está aproximadamente a unos siete grados centígrados. Es un día normal como todos en los que hay que ir a trabajar. La frecuencia radial está en 96.9, siempre me despierto con noticias y como es mi costumbre, me encuentro sentada en la cama haciendo pereza mientras medito en qué ropa ponerme.

Y ahí está, es la voz del locutor que informa: –Tragedia en la madrugada del barrio Restrepo, un hombre muere al caer por la ventana de un tercer piso luego de discutir con su compañera sentimental–. –¡Ahh! qué gente loca esta, fijo estaban tomados– fue mi expresión, tan fría como esa madrugada, tan lejana de pensar que era alguien que conocí.

Un año antes distinguí al difunto. Él, un hombre de aproximadamente 1.75 de estatura, piel trigueña y ojos claros; atento, carismático y jovial (como suelen ser los paisas), me saludó en la mañana de un día cualquiera en que llegué a trabajar. –Buenos días señorita, me alegra verla– me dijo, con ese acento tan marcado y como si me conociera de toda la vida; yo, sin embargo era la primera vez que lo veía y como toda una bogota-

17 Yudy Alejandra Rodríguez, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

na, con voz seria, desconfiada y distante; asimismo le respondí, –Buenos días, ¿cómo está?

Fue contratado como vigilante del edificio, en el año 2013 (no puedo negar que era un hombre simpático y llamativo a primera vista). Curiosa por saber de él, entré a la oficina, preguntando a dos de mis compañeras por el carismático hombre de la portería.

–¿Quién es él?

–¿Quién?– me respondieron mis compañeras.

–¿El vigilante, el nuevo?, –esperando que alguna de ellas tuviera una respuesta.

–Es el hijo de Doña Orfi, se llama Julián.

No pasó mucho tiempo, un par de horas tal vez, para que Doña Orfi, con su rostro gozoso y lleno de orgullo, pasara con su hijo y lo presentara a todo el que se cruzaba por su camino, –Vea, ¿ya lo conoce? Él es Juliancito, mi hijo–, decía con su marcado acento manizaleño. Estaba tan feliz y radiante, que presentó a su hijo como quien enseña su tesoro máspreciado, tesoro que sin saberlo, pronto le sería arrebatado. No pasó mucho tiempo, un par de horas tal vez, para que Doña Orfi, con su rostro gozoso y lleno de orgullo, pasara con su hijo y lo presentara a todo el que se cruzaba por su camino. –Vea, ¿ya lo conoce? Él es Juliancito, mi hijo–, decía con su marcado acento manizaleño. Estaba tan feliz y radiante, que presentó a su hijo como quien enseña su tesoro máspreciado, tesoro que sin saberlo, pronto le sería arrebatado.

Julián Ospina, como se llamaba, duró un par de meses en la empresa en la cual yo laboraba, decidió dejarla para ir a administrar la fábrica de suelas de zapatos de su compañera sentimental; la misma mujer que poco tiempo después lo conduciría a su muerte.

* * *

Doña Orfi es una mujer mayor, pero lejos de ser anciana. Mide un poco más de 1,50 de estatura y tiene el peso de una niña de 11 años. Debido a un cáncer de estómago al cual sobrevivió, está destinada a ser delgada; pero aun así, nadie podrá negar que posee una belleza única.

Son pasadas las cinco de la tarde y nos sentamos junto a una mesa con una excelente vista hacia la Autopista Norte con calle 100. Entre el constante ruido de los vehículos y articulados que transitan por esta avenida, Doña Orfi, evade mi mirada y ninguna de las dos pronuncia palabra. El silencio se torna tan largo e incómodo entre nosotras, que el ruido caótico de la Autopista se deja de escuchar y solo se puede apreciar el profundo dolor de su corazón.

—Perder un hijo es duro, rompe el silencio con su voz triste y mirada perdida; y yo, solo la observo con atención.

* * *

Cuatro días antes del desafortunado hecho, Doña Orfi recibió una llamada de Julián, pues él quería celebrarle el Día de la Mujer. Ese sábado al estar trabajando noté que su rostro no expresaba ni el más mínimo gesto de alegría, parecía que no le interesaba la invitación, estaba aburrida y malhumorada, lo que consideré extraño al conocer el gran amor que tenía por su hijo; así que me puse en la tarea de animarla para lograr el encuentro.

—¿Qué pasa Doña Orfi?, hace un momento me dijo que llevaba largo tiempo de no ver a su hijo, aproveche esa invitación para el reencuentro—, le dije.

—¡Ay no sé Alejita! es que ahí va a estar esa mujer y... (Toma aire, junta sus manos, y al elevar su rostro con disgusto, continúa) Juliancito sabe que yo no la quiero. Sacude su cabeza en señal de negación y repite —Yo no la quiero.

Pero, como si fuera una premonición le insistí con un tono algo persuasivo –Aproveche Doña Orfi, mire que después se le vuelve a perder y usted no sabe hasta cuándo lo vuelva a ver.

Su amargura era evidente cuando hablaba de “esa mujer” (como ella le dice); sin embargo, el lunes siguiente su rostro parecía transformado. Contenta, entró esa mañana a mi oficina y con una sonrisa de oreja a oreja empezó a contarme todo lo que su hijo preparó para hacerla feliz. Fiesta, flores y dedicatorias hicieron parte de ese último gesto de amor que recibió de Julián, pero, para ella lo más especial fue que su hijo se presentara sin esa mujer, eso la hizo sentir más valiosa. –Vea Alejita, es que él primero conoció mamá y es bueno que él vaya sabiendo que yo valgo más que esa mujer–, me dijo.

Es miércoles 12 de marzo y Doña Orfi, que le correspondía el turno de la mañana, no llegó a trabajar; en su reemplazo estaba Gloria, lo que despertó en mí desconcierto y preocupación. Jamás olvidaré ese momento, el edificio se sentía tan silencioso y frío que aún sin saber con certeza lo sucedido, pude percibir el vacío que deja la muerte.

Me acerqué lentamente a Gloria y su rostro entristecido me impresionó; puse mi mano sobre su brazo y le pregunté por Doña Orfi, ella agachó su mirada y respondió con un tono lamentable –Me llamó en la madrugada, como a las tres de la mañana y me dijo muy desesperada “Gloria, ¡me mataron a mi hijo!, ¡me mataron a mi hijo! no puedo ir a trabajar, ¡me mataron a Juliancito!”. Al contarlo, una lágrima rodó por la mejilla de Gloria; y mientras mi pecho se oprimía, cruzaban por mi mente recuerdos de ese lunes en el que la vi tan alegre y orgullosa de tener un hijo que le demostró su amor por última vez ese 8 de marzo, y... rompí a llorar.

* * *

Estando ya en la terraza bajo una tarde rojiza, Doña Orfi reconstruye el momento en que mataron a su hijo. –Alguien dijo, se escuchaban gritos e insultos, ellos estaban ebrios; pero hubo un testigo en especial, un trabajador de un lavadero de carros que me dijo: “El gritó ¡auxilio,

auxilio me están matando!, ¡Me están matando! y cuando salimos él ya estaba en el piso”, cuenta Doña Orfi, mientras seca sus lágrimas con su pañuelo blanco.

En segundos su rostro cabizbajo, triste y cubierto de lágrimas, pasó a tener un semblante de indignación y rabia, entonces detiene su llanto, seca su cara y con un tono de voz fuerte y enfurecida afirma:

–Esa mujer lo mató, ¡esa mala mujer me lo quitó! La Policía dice que él se suicidó, pero ¡no es cierto! ¡No es cierto! Porque antes de caer, él fue apuñaleado varias veces, afirma con desespero y algo fatigada.

–Cómo va ser Alejita, que se suicidó, ¡noo! a mí no me pueden venir a decir eso, si en el vidrio estaban marcadas sus huellas intentando no caerse, dice muy sulfurada–. Doña Orfi, guarda su pañuelo y aferrándose a una ventana pone sus dedos sobre el vidrio y simula como su hijo luchó por no caerse mientras dice: –Vea Alejita, ¡así! ¡así!, él se apoyó así, desliza sus dedos sobre el vidrio dejándolos marcados, y continúa: – Él marcó sus huellas así, pero se cayó. Y rompe en llanto. Ella nunca lo vio caer, pero su interpretación de los hechos parecía como si su mente divagara día y noche en la situación.

Era la una de la mañana cuando Doña Orfi, recibió la llamada de su cuñado Marino, él, quien había estado bebiendo con la pareja, dijo que pasó aproximadamente una hora después de haberlos despedido cuando recibió la llamada de esa mujer para contarle que Julián se había arrojado por la ventana. Cuando Marino se lo informó a Doña Orfi, ella no vaciló en responder –¡Se mató o lo mataron! Colgó el teléfono y desesperadamente salió a buscar un taxi que la llevara hasta el Restrepo.

– Cuando llegué él estaba ya muerto, lo encontré tirado en el piso boca abajo, con sus manitos estiradas y en un charco de sangre. La Policía puso una cinta y no me dejaron pasar para estar cerca de él. Entonces yo cogí a ese oficial y le dije –Esa mona hijue... lo mató, ella lo mató pero el policía solo me dijo –Cálmese mamá, tranquila que ya cogimos el cuchillo y tenemos las pruebas.

A la mujer se la llevaron detenida a las cinco de la mañana de ese 12 de marzo, mientras el cuerpo de Julián yacía tirado en piso a la vista de todos y sin ser cubierto con una manta, calmando así el morbo de los curiosos que se acercaban a observar. El cuchillo jamás apareció y aunque la mujer y su hijo se entregaron, fueron puestos en libertad tres horas después por ser, según la Policía, una captura ilegal. —Quizás todo fue arreglado con los setenta y dos millones que le rembolsarían a Juliancito y de los cuales esa mujer tenía conocimiento por ser él su socio—, afirma doña Orfi, limpiando con la manga de su saco las lágrimas que rodaba por su mejilla.

Mientras tanto, Doña Orfi visita la Fiscalía cada ocho o quince días, desde hace veintiocho meses en busca de justicia.

Destino del vuelo: estamos unidos¹⁸

Yo no tuve otra opción que mirar perplejo aquella escena: un hombre menudo y recio sentado en la radicalidad, una mujer en la dicotomía que oscilaba entre la maternidad y su matrimonio, y una niña acongojada en el último rincón de su habitación, mientras Jenny se despedía sentidamente de cada uno de ellos. Inclusive, ella todavía lo recuerda y lo cuenta como si fuese un evento que le acompañase para el resto de su vida.

–Me dijo que me fuera de la casa– cuenta Jenny. –Mi mamá lloraba y le pedía que no hiciera eso, pero mi papá cuando toma una decisión no hay vuelta atrás, cogí mis cosas, me despedí de mi hermanita, que en su cuarto lloraba escuchando todo, y de mi mamá que estaba desconsolada.

Antes de que terminara el eterno abrazo con su mamá, (para mí era “la señora Amparo”), su padre William se levantó implacable de su sitio y se perdió, o mejor se escabulló, en la oscuridad del pasillo que conducía hacia la habitación que en ese momento parecía su barricada y defensa contra el sentimentalismo. Yo miraba la escena sin mucha sensación, más allá que la de salir *ipso facto* de ese denso y moquiento lugar porque no quería llegar tarde a mi casa, además de que tenía un sueño abrumador. Había tenido un día difícil. Por otra parte, había adquirido una nueva responsabilidad: llegaría a casa con una integrante más de la familia y nos esperaba un largo viaje hacia un deprimente e inseguro barrio de la ciudad de Bogotá.

Jenny y yo siempre supusimos que serían muchas las lágrimas que derramarían su padre, madre y hermana cuando ella partiera hacia los Estados Unidos a estudiar y fundamentar su proyecto de vida con el aprendizaje del inglés.

–Me entusiasmé mucho, pues me pareció una excelente idea para salir del país, conocer y aprender otro idioma a la perfección pues qué mejor que hacerlo con nativos y vivir en medio de esta cultura... mi idea con el

18 Andrés Felipe Morales Orjuela, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

viaje principalmente era aprender el idioma inglés, lo demás vendría por añadidura... Pensaba en estabilidad económica para el futuro, rememora Jenny ahora, luego de todo lo que sucedió.

Sin embargo, las lágrimas que se derramaron tuvieron otro motivo. Cuando ingresamos a la sala de su apartamento Jenny hacía parte de un hogar candoroso y era la orgullosa propietaria de un próspero viaje al exterior; cuando salimos, me acompañaba una mujer desterrada de sus proyectos, desterrada de su hogar y con una responsabilidad adicional, la de la gestación.

A veces siento que la vida no es más que una paradoja y un punto de giro en la pureza máxima de su esencia.

Antes de que su padre le pidiera a Jenny que abandonase la casa, los sucesos fueron intensos y paradójicos. Ella cuenta:

—No quise contarles inmediatamente, sentía mucho miedo y no sabía cómo hacerlo, corrió el tiempo, pasó algo más de un mes y “mamá es mamá”: comenzó a notar algo diferente en mí y estaba pendiente de mis días. Como no llegaban aquellos días, me preguntaba si estaba embarazada y ni así era capaz de contarle, la evadía. Un día llegó a la casa con una prueba de embarazo, me encerró en el baño y me hizo utilizarla, yo rezaba porque fallara, evidentemente no fue así, salió positiva y otro mar de lágrimas con ella. Ahora éramos dos sin saber qué hacer ni cómo contarle a papá.

De todas maneras fui yo quien le contó. Así que nunca supieron “cómo contarle a papá”.

Para mí lo más difícil estribaba no en el cómo decirle al señor William, sino en el cómo defenderme en caso de que decidiera asumir la honra de su familia, agarrándome a trompadas. Y cuando hablo de “defenderme”, las opciones no superaban una contusión craneoencefálica, un par de dientes rotos o un ojo encarnado. De todas maneras, iba preparado para entrar por una honorable golpiza y salir con una honorable pitonisa. En otras palabras, salir con el premio mayor a pesar de perder la batalla.

Hoy, luego de casi cuatro años, sigo invicto. Aunque siento y presiento que “me la tienen guardada”, y ojalá me agarre descansadito y en vacaciones.

– No paraba de llorar, sentía miedo, frustración, rabia, todo encontrado y para terminar de completar, días atrás había terminado con “Pipe” en no muy buenos términos... “Trágame tierra y no me escupas jamás”.

Así dice Jenny, cada vez que recuerda el momento previo antes de acudir al teléfono para molestarme con esas nimiedades en medio de mi trabajo, (mucho gusto, mi nombre es Felipe Morales, apodado “Pipe”, soy cínico y vivo en la mentira de creerme agradable y chistoso).

Esa llamada de “última hora” fue un escándalo atronador en mi cabeza con un sinfín de sonidos en los que algunos eran rítmicos y alegres, y otros eran estridentes y violentos. Saber que me convertiría en papá de un ser humano que estaba habitando a la única mujer que he amado en mi vida, me llenó de júbilo pero no podía obviar a Celeste, mi hija.

– Apenas pudiendo hablar, entre llanto le dije la no muy buena noticia en ese momento. Como habíamos terminado en tan malos términos, había mucho resentimiento y en un *lapsus brutus* digo yo, su respuesta fue “¿Y qué quiere que haga?”. Pero yo creo que por allá una neurona le golpeó porque inmediatamente después se puso a reír y decirme que me amaba, que estaba conmigo, que era muy feliz, que no me dejaría sola y yo no podía entender qué lo hacía tan feliz. Quería golpearlo. Después de un largo tiempo de hablar me calmó y me hizo ver que no era algo tan grave y que lo superaríamos juntos.

¿No soy un divino? ¡Pues no! Si no fuese por mí, Jenny no habría estado al borde de la muerte. Es más, no habría tenido que luchar para regresar de ella.

– Un día me desperté a la madrugada, como ya era costumbre pero no sentía el malestar de siempre, así que esperé a que me volviera a coger el sueño. Daba vueltas y lo sentí por primera y única vez, un turupito pequeño salió por la parte derecha baja de mi abdomen, era una bolita

muy pequeña, la tomé con mi mano y sentía mucha alegría, sonreía en la oscuridad, no lo podía creer. Miré a Pipe y pensé en despertarlo de inmediato para que también lo pudiera sentir pero pensé que tenía que madrugar mucho para ir a trabajar y que tal vez debería dejarlo descansar, después sucedería de nuevo y tendría la oportunidad de sentir lo mismo que yo. Debí despertarlo, estaba diciendo adiós.

En este punto no sé qué decir. Levanto la taza de capuccino, miro hacia un punto perdido con el único objetivo de eludir la mirada de ella, no con insolencia sino con vergüenza.

–Recuerdo caminar por unas calles muy amplias e iluminadas con un fuerte sol, era muy bonito yo caminaba y observaba pues no conocía en dónde estaba pero me parecía muy lindo. Gente pasaba junto a mí, muy tranquilos, solo caminaban igual a mí, no conocía a nadie pero estaba muy tranquila. De un momento a otro sentí una sensación muy fuerte de correr como si me empujaran por atrás y yo salí corriendo, mi imagen inmediatamente cambió. Cuando corrí sentí que algo me detenía, no entendía nada, sentía miedo, miraba a mi alrededor y veía muchos doctores y enfermeras sosteniéndome de los brazos para no arrancar todos los cables y tubos que estaban en mi cuerpo, un doctor frente a mí pasándole un desfibrilador a una enfermera y tomándome para acostarme en una cama grande, diciéndome que me tranquilizara que todo estaba bien, todos muy alterados y apurados. Un doctor me acariciaba la cabeza y me preguntaba si recordaba qué había pasado, por qué estaba allí, yo solo asentí pero mi cabeza estaba en blanco, intenté recordar y no pude recordar nada. Me dijo –¿Sabes cómo te llamas?– y abrí mi boca para responder pero nada salió, no recordaba mi nombre, no recordaba nada y entré en pánico, comencé a llorar y le dije que no recordaba nada. Me dijo: –Tranquila, tu nombre es Jenny Amparo Lozada Bernal y me recordó por qué estaba allí, mi mente comenzó a aclararse y recordé todo.

Jenny y yo siempre estuvimos al tanto de que su embarazo era de “alto riesgo” debido a que el saco embrionario estaba a un milímetro del Dispositivo Intrauterino o DIU, sus meses de gestación se desarrollaron en los sórdidos pasillos de múltiples hospitales debido al constante sangrado, a los dolores y a la anemia.

Una noche, a las once, Jenny padecía de una fiebre de 40 °C y sus lacrimosas peticiones aludiendo a mi humanidad para que no la llevara más a la “cárcel blanca” o, en palabras castizas, al hospital, vencieron mi iniciativa de abocarnos a la aventura nocturna de acudir a la sala de espera del área de Urgencias de algún centro clínico. No debí haber desistido de ello.

Fue en las horas de la tarde del día siguiente cuando a través de ese teléfono la escuché llorar, sin consuelo alguno y con las esperanzas destrozadas. Jenny había tenido un aborto séptico. Mi hija o hijo se había ido y al parecer había venido solo para llevarse a su madre, su labor en el mundo no necesitaba de más de tres meses de gestación.

Un aborto séptico que tenía a Jenny con sus órganos infectados del feto en descomposición, órganos a punto de expirar y su mente infectada de una profunda melancolía.

De nuevo me sentí vacía, el doctor que estaba al otro lado conectándose no sé qué, me dijo que necesitaba autorización mía para poner un tubo directo a mi corazón para pasar antibiótico, le dije que sí, las enfermeras corrieron por los instrumentos y el doctor me dijo que de repente podía sentir dolor o molestia, ya que no podían dormirme de nuevo. Asentí de nuevo y el doctor que estaba sosteniéndome la cabeza, la volteó para el otro lado para que no pudiera ver y me hablaba, no le presté atención pensaba de nuevo en mi bebé y por qué me lo habían arrebatado, no sentí dolor de lo que me estaban haciendo, no me lo permití, quedé de nuevo sumida en mis pensamientos y cuestionamientos. No sentía nada, no escuchaba nada.

Afuera: la incertidumbre. Horas interminables en la sala de espera, disecados de tanto llorar. Disfónicos de tanto orar. “Tres de cada diez mujeres sobreviven a un aborto con choque séptico”, resonaba como una verdad incuestionable producida por la cruda voz del doctor. Nos prohibían hacerla reír o hacerla llorar. No se le permitía la emoción porque cualquier pico emocional detendría su corazón. Respirar profundo antes de verla. Disimular la tristeza antes de abrazarla. Jenny no era consciente de que había sido resucitada en el quirófano y que su vida pendía de

un hilo. Su permanencia en la sala de cuidados intensivos no era una formalidad, era una necesidad. Era nuestra única esperanza.

Hoy veo todo de una manera diferente, por mi parte creo que hay un Dios y que sus planes son perfectos, las cosas pasan por algo y ese algo no quería que viajara al exterior y creo que la tarea de ese chiquitín aquí era no permitir que nos separáramos, fue quien nos unió en su momento y por él estamos juntos ahora, nos hizo dar ese paso que tanto nos costó dar solos en tantos años juntos, es nuestro angelito que vino a hacer lo que tenía que hacer y se fue.

Finalmente Jenny sí viajó y me llevó con ella. Nuestro avión es la vida y el destino del viaje no es propiamente los Estados Unidos, sino el Estamos Unidos.

Justicia en sus manos¹⁹

De repente un ensordecedor sonido interrumpe la violación de la que es objeto una chica en la inmensidad de uno de los potreros del sur de la ciudad de Bogotá, ella, con la ropa interior en las rodillas y casi despojada de todas sus prendas descubre que aquel era el sonido de un arma que había sido disparada por “Chucho”²⁰ para defenderla de quienes minutos antes la ultrajaban.

Chucho era un niño cargado de ilusiones, sueños, anhelos, pero la violencia de la que era objeto junto a su familia y vecinos de la vereda El Jardín en Puerto Berrío, Antioquia, hizo que él, con tan solo ocho años reconociera la magnitud de la injusticia paramilitar en la que constantemente eran despojados de su ganado y gallinas. El pago de vacunas era incesable. El reclutamiento de niños y jóvenes, sumado al asesinato de quien se oponía a sus políticas y la condena a vivir en la pobreza y la miseria por culpa de los actos vandálicos de los paramilitares, también. Empezó a soñar con empuñar un arma, ya que quería ser militar, pero las circunstancias hicieron que tomara otra decisión, por lo que empezó a considerar la venganza como solución y, al paso de un par de años y huyendo del reclutamiento forzado, decidió marcharse de aquel lugar. “No se preocupen por mí, estoy cansado de esta vida, yo regresaré a defenderlos”, fue lo último que dijo a sus padres.

Esperó a crecer lo que creyó suficiente, para ese entonces ya tenía 14 años en los que había aprendido a vivir sin la protección de sus padres y lidiando a diario con la calle. “Pasé un año viviendo en la calle, aguantando hambre y maltratos de los adultos que también andaban en la calle; para ganar plata yo peleaba y como me creí siempre fuertecito, a todo me le medía” hasta que un día llegó un joven nuevo y los adultos con los que compartía le ofrecieron más plata de la acostumbrada para que lo atendiera y Chucho sin pensarlo dijo que sí, cuando llegó a donde el joven nuevo estaba se dio cuenta de que era mucho más grande que él, pero ya no podía echarse para atrás. “¿Y ahora qué hago? ni modo

.....

19 Luz Dary Mejía Arenas, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

20 Nombre cambiado por solicitud expresa del entrevistado para proteger su identidad.

ya tocó, no me puedo devolver, me matan” y lo cogió a golpes pero no le hizo nada; por el contrario, el muchacho lo cogió y le dio una paliza de la que asegura todavía siente la sensación del dolor de ese momento, pensó que lo iba a matar, tenía hematomas por todos lados, todo le dolía, sentía las costillas rotas, tenía flojos los dientes; en ese momento tomó la decisión de no pelear más por plata.

Allí aprendió que para sobrevivir debía ser más fuerte que el rival, no tener corazón con su enemigo, y cumplió la promesa a sus padres, regresó convertido en un joven no muy alto, más bien de mediana estatura y con el corazón lleno de odio y rencor, pero sobre este estaba el amor por su familia y la preocupación por sus vecinos. Cansado de la monotonía violenta tuvo su primer encuentro con uno de los paramilitares que tanto daño le había causado y decidió asesinarlo para demostrar que alguien defendía a esa gente a la que él estaba vulnerando y le pregunto –¿Le pesa haber matado a ese hombre? y él me responde con actitud segura y honesta – No, no tengo remordimiento alguno, porque lo que hice fue lo mejor, él era malo”.

Después de haber asesinado a un hombre con tan solo 14 años, la gente lo reconoció como un joven pequeño y aguerrido y le empezaron a dar su apoyo. Para aquel entonces las consecuencias de tantos robos, cobros, vacunas se veían reflejadas en la pobreza y en falta de comida, pues la comunidad no podía progresar; con una mirada profunda y alejada comenta cómo robaba vacas de los hacendados pudientes, las mataba y repartía entre dicha comunidad y así solucionaban el tema del hambre y, como si estuviera destinado a asesinar para sobrevivir, empezó a convocar a las personas de la vereda y se armaban no solo de valor sino de armas, conformando así un grupo de autodefensa que cobró fuerza y se hizo reconocido en el sector y el municipio.

Pasaron los años y cumplió 18, renegado a dejar atrás el sueño de ser soldado, prestó su servicio militar como soldado raso porque la educación nunca estuvo en el plano más importante. Estando allí vio que se podía conseguir poder, razón por la que no se conformó con el servicio militar obligatorio sino que después de terminarlo se presentó para soldado profesional, categoría en que fue admitido. Utilizó el poder que le daba

el rango y ya era más fácil deshacerse de aquel que se cruzara en su camino y tuviera malas intenciones, “violadores, guerrilleros, atracadores, ladrones” y comenta ser un hombre con repudio total hacia los violadores. “En una ocasión en un barrio de Puerto Berrío en el que estaba viviendo, escuché que una muchacha había sido violada por tres hombres y la cosa pues quedó así por unos días. La casualidad fue cuando oí a unos jóvenes alardear de haber violado a una chica y la forma en que lo hicieron, y dio la circunstancia que era la misma joven”. Y entonces según Chucho tocaba matarlos, cuando le pregunto –¿Nadie se dio cuenta de lo que usted hizo? Responde muy tranquilo y sin fantasmas del pasado que no, y que nadie sospechaba nada, además ellos aparecían muertos después y sin explicación alguna, las personas del sector asumían que había sido la guerrilla, porque no había más sospechosos.

Estando en el ejército se casó y tuvo dos hijos, se sintió realizado como hombre pero había algo que aún no podía dejar de hacer y era cobrar venganza por todo aquel que lo necesitara o que solicitara sus servicios de forma privada y secreta. En algunas ocasiones, las personas lo contrataban como sicario y él accedía a las peticiones “yo aceptaba trabajos con condiciones, nunca maté a alguien a quien su pareja le mandara a matar, nunca maté a un homosexual, nunca maté a alguien de quien no me dieran razones justas y que al investigar fueran ciertas”.

Después de tener un hogar conformado y sus hijos ya bastante grandes, fue apresado y condenado a cumplir una condena carcelaria por abuso de autoridad, homicidio, y una larga lista de delitos. En el momento de su captura huía por el relleno sanitario de Doña Juana en Bogotá, en el que acababa de dejar sin vida a un individuo. Cogiéndose los brazos como quien se abraza a sí mismo y mirando al horizonte con mirada triste, me cuenta que ese momento de su vida le costó el divorcio. “En ese momento me di cuenta de que tenía una familia, una familia a la que siempre puse en peligro”, pedido que le hizo su esposa y que él consideró como la mejor opción para que su familia estuviera lejos de problemas; por ese motivo firmó, desde entonces ellos viven en Medellín y él, en Bogotá.

Le pregunto –¿ha tenido amigos de esos de suelen parecer hermanos? Y hasta aquí tenía una mirada normal, gestos y reacciones que la mayoría de seres humanos tiene. Se le borró toda expresión de felicidad y armonía de su cara, yo no sabía qué esperar, lo más seguro es que no me iba a responder o lo había herido con la pregunta. Me dijo, después de que terminamos la conversación: “Tengo algo que hacer”.

Pasaron varias horas y al regreso se me acercó y me dijo –Hay cosas de la vida que duelen mucho, así haya pasado el tiempo, y le voy a contar lo que pasó. “Un día estando en el Caquetá me llamaron mis superiores y me dijeron que debía matar a mi compañero, ese fue el peor día de mi vida, mi compañero era la persona con la que había pasado los últimos cuatro años, era ese hombre que en lugar de amigo era hermano”, argumenta Chucho, que a donde iba uno iba el otro, siempre estuvieron juntos, a veces peleaban pero se reconciliaban rápido, en ese momento sintió frío en todo el cuerpo y no sabía qué hacer, preguntó ¿por qué? y la respuesta fue –Está trabajando para la guerrilla también, les envía información. Para él fue un golpe duro, no esperaba escuchar esas palabras y dice “yo no podía matar a mi hermano”; nuevamente preguntó –¿qué pasa si me niego? Le respondieron –Entonces los matamos a los dos ¿pero tenía opciones? – volvió a preguntar. Le dijeron que si no lo mataba él entonces que lo entregara en un lugar y una hora fijada y que ellos hacían el resto.

Él con mucho dolor en el corazón y tratando de que su amigo no se diera cuenta le dijo que si lo acompañaba y él como siempre aceptó. – Llegamos antecitos de las 8:00 p.m. al lugar, yo miraba el reloj, lo miré varias veces y él me preguntó: –¿Qué pasa? Y me tocó decirle que tenía una cita con una muchacha y que ya pronto iba a llegar. Al decirle esto él se dio cuenta de que algo pasaba, que le estaba mintiendo, lo vi en sus ojos, siempre nos contábamos todo. Ya eran las 8:03, le dije –voy al baño, ya vengo, y ese fue la última vez que lo vi–. La última vez que lo vio, sus ojos tenían una mirada de desconuelo, estando en el baño escuchó los dos disparos, se quedó unos minutos más y el local se llenó de gente sorprendida por lo que había pasado. Salió del baño y lo vio a lo lejos, allá, en la mesa en la que estaban sentados y salió derecho sin que nadie se percatara, lo traicionó y hoy ese dolor lo embarga cada día, no lo puede

olvidar, y desde allí se hizo a la idea de no relacionarse tanto con una persona, para no tener que sufrir otro dolor de esos, mientras se pasa las manos por la cara secando unas lágrimas que tal vez no quería dejar salir.

A la pregunta –¿qué es lo que nunca hace como si fuera una regla? “Antes de matar a alguien no miro sus ojos, esa última mirada se mete en las entrañas de uno y no lo deja vivir en paz”.

Chucho ha sido un hombre cuidadoso de lo que hace, celoso de sus secretos y organizado en cuanto a su vida privada se refiere; siempre ha trabajado de forma legal porque según él, lo que consigue de forma ilegal o delictiva por mucha que sea la cantidad no es sinónimo de éxito; por el contrario, como una maldición todo lo que se consigue fácil se va fácil y rápido.

Desde entonces Chucho estuvo solo, sin amigos muy cercanos y sin relaciones sentimentales, hasta hace cinco años cuando conoció a una chica de tan solo 17 años, ella aburrida de la vida que tenía en su casa la pasaba más en la calle, pero él reconoce que era una niña educada y de buenos sentimientos, pasaban varias horas hablando de ella y más bien poco de él, después empezaron las invitaciones a tomar gaseosa, a almorzar, a salir y al final terminó llevándola a la casa donde vivía solo. Al confirmar que era un hombre soltero empezaron una relación sentimental que hoy los ha convertido en padres de una hermosa niña de cuatro años, la luz de sus ojos, viven los tres y viven felices. Al preguntarle si la familia actual sabe todo sobre él, responde que no “no les cuento nada de mi vida pasada, nada de lo que he tenido que hacer para estar vivo, nada de lo que he hecho hasta para comer, entre menos sepan mejor para ellas, más seguras están”. Chucho lleva una vida secreta y se muestra al mundo como comerciante, presta servicio de acarreo a quien lo necesite, también es prestamista, pero todas estas labores son las que muestra a su familia, su vida oculta la lleva él solo, aunque de vez en cuando sigue haciendo lo mismo de su pasado, con menos intensidad y tal vez cuando solicitan sus servicios, pero hay algo que sí lleva siempre por delante, es su necesidad de defender a las personas de los vándalos, nunca perderá el deseo de cobrarle a los malos.

Dice que muchos momentos de su vida siempre estarán presentes, son difíciles de olvidar; en esa posición de hombre fuerte y ya no tan joven, pues rodea los 50 sigue pensando que todo aquel que le cause daño a alguien debe ser castigado severamente, y para que no lo vuelva a hacer la solución es matarlo de una vez. Asegura no poder ver a alguien a quien están robando y no hacer nada porque “no es justo que alguien venga a quitarle lo que buenamente usted ha conseguido con esfuerzo”. Como también asegura firmemente, con una sensación y unos gestos que solo demuestran repudio y que se notan en la forma como mira y como acentúa las palabras, al tiempo que aprieta las manos para referirse en contra de todo violador, posición que le trae nuevamente un recuerdo y que habla de una noche oscura en la que iba acompañado de un compañero de trabajo, ya no como soldado sino como civil y sin rendirle cuentas a nadie, iba con su compañero en la moto y al pasar por un potrero del sur de la ciudad de Bogotá dice “escuchamos que una muchacha pedía ayuda, nos bajamos de la moto y fuimos a ver qué pasaba y lo que vimos fue a una joven con la ropa interior en las rodillas y casi desvestida siendo abusada por dos hombres jóvenes, cuando les dirigimos la palabra ellos se enojaron como diciendo no molesten, “¡váyanse!”. “Y siguieron, entonces le dije a mi compañero mate a ese que yo mato a este, pero los tipos ni se enteraron de lo que había dicho, estaban encarnizados, y entonces él le disparó dos veces a uno en la cabeza y yo le disparé una vez al otro y cayeron, en ese mismo momento le dije a la muchacha “tranquila mamita, párese, póngase la ropita y váyase rápido”. Inmediatamente después le dijo a la chica que no fuera a denunciar ante la Policía, pues eso ya había pasado y que olvidara todo. Ella entre la oscuridad me dijo “¿Así no más? y le dije que “Sí, así no más”. “Nos dimos la vuelta, cogimos la moto, nos marchamos y nunca más supe de ella”. En ese momento sintió haberle devuelto algo de la dignidad que le era arrebatada a esa chica, incluso sin haberla conocido antes.

Después de toda tormenta llega la calma²¹

Escribir sobre lo que tienes miedo a veces es complicado, miedo porque sabes que si no te cuidas puedes desarrollar la misma enfermedad ¿Cuál? Esquizofrenia, sí, por cuestiones genéticas...

María Cecilia Caro Pineda sin duda es una mujer que como dicen por ahí le ha tocado duro, hoy en día para los ojos de sus hijos, de sus nietos y, bueno, la gente... Tiene una enfermedad grave, a pesar de todo esto, tiene grandes sueños, esperanzas y claro una que otra aventura por cumplir.

Nació en Pauna, Boyacá. A sus cinco años de edad, su papá Pedro la trajo a vivir a Bogotá junto con sus hermanas, ya que en Pauna no había mucho por hacer y no habían los recursos suficientes para mantenerla a ella y a sus hermanas, así que desde está edad vivió en la casa de sus tías.

María Cecilia cumplía con hacer los oficios de la casa, sí, desde muy pequeña era “la empleada” de sus tías compensando la comida que le daban y el techo para vivir... El trato de sus tías era terrible y sí, terrible porque siendo muy niña le pegaban, la regañaban a grito herido por no hacer sus quehaceres en la casa, por no tener el almuerzo hecho u otras actividades.

Como no tenían solvencia económica, María Cecilia empezó a estudiar en la jornada de la noche su primaria, luego terminó su bachillerato y así como el que no sabe mucho de la cosa; se presentó para empezar a trabajar en la fábrica de confecciones de la Policía Nacional, aprendió a utilizar muy bien una fileteadora y una botonadora, mejor dicho, después de no saber hacer nada con estas máquinas se volvió una maestra en asuntos de confección.

A la edad de sus veinte primaveras, jajaja, sí... Esa edad en la que la mujer ya sabe más o menos lo que quiere, en la que uno es un adulto joven, denominado así por los psicólogos y para donde voy dentro de unos días,

.....

21 María Fernanda Moreno Jiménez, Comunicación Social UNIMINUTO Virtual y a Distancia.

el llamado segundo piso. Bueno, a esa edad mi abuela conoció al señor Gonzalo Jiménez se enamoró, se encaprichó y se casó.

María Cecilia es de esas mujeres admirables, estudiaba al mismo tiempo: auxiliar de enfermería, modistería y primeros auxilios, ¡imagínense! Y uno que no puede ni con una carrera porque se siente cansado...

Bueno, como todo no es color de rosa, y como bien dicen: no hay relación perfecta; pues al tiempo de casados mi queridísimo abuelo Gonzalo Jiménez le pidió a mi abuela que se retirara de su trabajo ¿Por qué? se preguntarán... pues por el machismo innato de muchos hombres en este país y que hoy en pleno siglo XXI las personas lo siguen aceptando como si esto fuera tolerable cuando es todo lo contrario, es: Inaceptable. Retomando esta linda historia... tras de que Cecilia se retira de trabajar, el *man* tampoco le da para los gastos, ah y pues hay que tener en cuenta que mi abuela ya había dado a luz a mi hermosa mamita y a algunos de mis tíos...

Claramente después de todo esto, de sufrir necesidades innecesarias, ella volvió a su trabajo porque, claro, don Gonzalo se dio cuenta de que si usted trae crías, pues hermano tiene que tener con qué darles de comer y como no le alcanzaba, obvió, ahí sí aceptó que Ceci trabajará.

Ceci siguió con sus estudios, a la vez que con su trabajo, y solicitó un cambio al área de odontología, ya que tenía conocimientos sobre esto. Fue trasladada y le encantó; le fue muy bien con sus pacientes.

Cuando todo iba por buenos vientos, llegó una de las tormentas, María Cecilia Caro sufrió su primera crisis depresiva a causa de los problemas con su esposo, de los abusos por parte de este como el maltrato psicológico y pues de ahí pa' allá ustedes se podrán imaginar qué más.

Se recuperó de la primera crisis y como uno de mujer es boba y perdona pues... Ceci siguió con su esposo y el que es no deja de ser, entonces vuelven los problemas y, agréguele a estos, una tercera persona. A los seis años de su primera crisis, María Cecilia volvió a recaer, sin ni siquiera

poder tener control de sus esfínteres fue internada en una clínica psiquiátrica y diagnosticada con esquizofrenia.

Llegan seis meses largos de tratamiento, de tomar varios medicamentos como olanzapina, de terapias para mejorar aptitudes de motricidad y cognitivas, juegos como baloncesto, conferencias psicoeducativas y visitas una vez al día de familiares. Por fin, llega la anhelada libertad y sí, digo anhelada porque estar uno en una clínica, sea cual sea es una sensación horrible, usted no haya la hora de salir y estar cómodo en su casa, en su cama y con su familia.

Después de tanto dolor, de días difíciles en los que María Cecilia ni siquiera quería vivir, después de toda esa tormenta llegó la calma.

Hoy por hoy, a sus 62 años de años de edad, María Cecilia es una mujer divorciada y felizmente soltera con cuatro hijos profesionales que son motivo de su orgullo y con tres nietos, entre estos, yo, María Fernanda Moreno Jiménez.

Mi abuela ha tenido una vida difícil, pero a pesar de todo es una mujer que solo emana amor, ella vive conmigo, somos una compañía la una para la otra, y es una cómplice, ya que día a día compartimos nuestras historias, historias que nos enseñan a ser mejores personas, historias de nuestra vida pasada que nos muestran que somos personas muy fuertes y que si hemos podido con todo lo que hemos vivido, ¡podemos con más! Compartimos día tras día nuestros sentimientos y con un objetivo común: salir adelante, superar nuestras enfermedades y sí digo nuestras, porque hoy por hoy ella tiene su esquizofrenia y yo, mi depresión.

—¿Depresión? —¿Una niña que hasta ahora va para sus 20 años? “Eso solo le da a la gente que tiene problemas”. Pues la respuesta es no, queridísimos amigos. Mi consejo es nunca subestimar a una persona por su apariencia. Muchas personas somos expertas para saber ocultar nuestras debilidades, todo ¿para qué? Para no sufrir más daños de los que hemos sufrido.

Abuela y nieta con vidas parecidas, una más dolorosa que la otra, edades con gran diferencia pero, viviendo en la misma casa, tranquilas sin que nadie nos joda la vida... siendo amantes de la verdad, de la justicia social porque ¡el buen corazón se hereda! Y a las dos, sí que nos encantan las obras sociales y puede ser por una razón que me dio el terapeuta Ricardo en la última crisis que tuve por la depresión: una de las cualidades de las personas con enfermedades mentales es que son muy solidarias y bueno... es algo irónico, ya que muchas veces nosotros estamos dispuestos a ayudar a los demás sin ganas de recibir algo a cambio, pero muchas veces somos nosotros los que necesitamos una mano y son muy pocos los que están dispuestos a ofrecértela.

Y con mi frase de filosofía de vida concluyó esta historia: “Amar también es ayudar”.

Ganadores segunda edición: multimedia

Sobre la categoría

La segunda edición del concurso Tinta Púrpura: historias y relatos desde la crónica propuso la adición de la modalidad multimedia, que comprende crónicas radiofónicas y crónicas audiovisuales que representan parte de la formación de los estudiantes del programa de Comunicación Social en su metodología a distancia. No obstante, esta categoría no contemplaba ningún tipo de restricción para que estudiantes de UNIMINUTO Virtual y a Distancia de cualquier carrera y a nivel nacional participaran. A continuación, presentamos los ganadores de la modalidad que formaron parte de esta segunda edición, así como la sinopsis y el concepto que Cristian Sebastián Hernández²², uno de los jurados elaboró sobre la obra presentada.

22 Literato de la Universidad de los Andes, Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia y Magíster en Creatividad Literaria de la Universidad Pompeu Fabra de España.

El día más feliz

Primer puesto: crónica radiofónica

Autor: Jhobirson Molina

Comunicación Social, UNIMINUTO Bogotá Sur



Sinopsis y concepto:

Cuenta, en primera persona, la alegría del autor, fanático del fútbol y de su club, tras el triunfo de la estrella número catorce de Millonarios. Es una historia intimista y personal que muestra la inmensa alegría luego de años de decepciones como hincha. Aunque los aspectos del hecho abordado no son los más relevantes más allá de una anécdota, está bien contada. La música es emotiva y se ve la pasión del narrador por el tema.

Ganó en su categoría porque, además de lo anterior, fue, por mucho, la que mejor empleó los recursos técnicos: edición, transiciones, música y demás.

Hebras de vida

Segundo puesto: crónica audiovisual

Autores: Carol Ávila, Leidy Forero, William

Gutiérrez y Paola Jiménez.

Comunicación Social, UNIMINUTO Virtual y a
Distancia



Sinopsis y concepto

Es una historia que se sostiene sobre los hombros del personaje principal: la entrañable Rita. Es el suyo un valioso testimonio de lucha y emprendimiento que se ve opacado por un aspecto técnico: la mala calidad del audio de su relato personal.

Sería difícil hallar un hilo conductor de esta crónica más allá de la historia de vida de Rita, pues falta desarrollo. En otras palabras, nos acercamos a ella solo por medio de lo que nos cuenta en la misma locación: su fábrica textil.

Más allá de la pasión

Tercer puesto: crónica audiovisual

Autores: Ingrid Marcela García Martínez, Jhon Edison Riveros Lozano, Kimberly Coronado Ávila, Ligia Johana Ramírez Sánchez y Mavir Johana Ardila Romero.

Comunicación Social, UNIMINUTO Virtual y a Distancia



Sinopsis y concepto:

Otra historia en la que le protagonista parece ser, de manera indirecta, el fútbol. Aunque es justo decir que el eje de la narración es Roger, quien a pesar de su parálisis cerebral espástica ha logrado alcanzar tantas metas como se ha propuesto en la vida. En cuanto a su meta más ambiciosa, está en el proceso de cumplirla: aspira a ser narrador de fútbol.

Pese a que la elección de diferentes narradores para la misma anécdota, los encuadres de la cámara le quitan ritmo, se logra retratar con fidelidad a un personaje, cuya historia cautiva al espectador.

Esta publicación es el resultado de las dos primeras ediciones del concurso **Tinta púrpura: historias y relatos desde la crónica**, promovido por el Programa de Comunicación Social de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de UNIMINUTO Virtual y a Distancia, en los años 2015 y 2016, para el desarrollo y fortalecimiento de las competencias escriturales, creativas y de producción audiovisual y radiofónica de los estudiantes de UNIMINUTO.

Las crónicas que se presentan en este libro corresponden a las propuestas ganadoras y finalistas de las ediciones de 2015 y 2016 arbitradas por los jurados designados para estas ediciones: 2015, Marisol Esperanza Cipagauta, Miguel Fernando Mendoza Luna y Alejandro Cuervo; 2016, Cristian Sebastián Hernández Jiménez, Sandra Milena Gutiérrez Zambrano y David Arnulfo Nieto Castillo.



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos